

Periplos Literarios

Revista del Centro PEN Guadalajara

IMAGE: STEPHANY BOEHMLEIN



Invierno | Año 1 | No. 2

Directorio Revista Periplos Literarios

Presidente del Centro: Arnulfo E. Velasco

Coordinadora de la revista: Ruth Levy

Portada: Stephany Boehlein

Portadilla: Arturo Méndez Licón

Diseñador: Bruno Pérez Munguía

Miembros del Consejo de Redacción:

Arnulfo E. Velasco

Martha Cerda

Jorge Orendáin

Ruth Levy



Editorial

Tiempo, temporalidad, historia

Laura Castro Golarte

Aprendí que la literatura nos coloca frente a situaciones en apariencia ficticias que denuncian la condición humana.

Silvia Quezada

El tiempo es un hilo fino, de plata y oro, que nos teje y entreteje, nos soporta, nos entrama y desmadeja; nos va hilando e hilvanando y, mientras avanza, desde el otro extremo nos va deshilachando. Hay urdimbres complejas, de una belleza portentosa, obras de arte que van y vienen del centro hacia afuera, del centro hacia afuera, del centro hacia afuera, en un interminable y deseado regreso al origen.

Es el tiempo el que atraviesa nuestras historias. Siempre presente, tejiéndonos y des-tejiéndonos. Habría que decir los tiempos. Tiempo de vida, tiempo de paz, tiempo de despedidas, de homenajes, de pérdidas, de amores y sueños; temporada de invierno y de ciclones, de descubrimientos y sorpresas; y los tiempos de la historia que se encuentran en intersecciones inevitables como los estratos del subsuelo, los conjuntos y los eclipses; se traslapan, se estancan y desestancan, afloran.

Tiempos a destiempo y en punto, en este segundo número, de la segunda época de Periplos Literarios.

Es tiempo de Luna llena y selva oscura. Aída M. López nos regala un pasaje de ida y vuelta, ansiedad incluida, para participar en la búsqueda de un asesino, navaja y expectación en mano. Esperar, esperar. Un tiempo incierto y angustiante.

El cuento de Arnulfo Eduardo Velasco es una historia gozosa del gusto que comparten dos profesores jubilados (tiempo), un hombre



y una mujer, por cierto tipo de literatura casi como un placer culposo, parados —mejor dicho— sentados tomando un mal café, sobre *El Quijote*, *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo*... Hay un guiño aquí, insoslayable, a la precisión de la lógica femenina, en pleno marzo: “La cafetera italiana”.

A reserva de volver a la sección de cuentos, sin que se note como un propósito expreso, se incluyen en este número un poema, el de Yarimar Marrero Rodríguez, escritora joven de Puerto Rico, que atrapa el hilo del globo que se escapaba y de un tirón nos ubica en el mes de la mujer en el mundo: “La mujer invisible”, se titula.

Y, para volver al cuento en el tiempo, a épocas históricas y temporadas, se aparecen las sirenas y los manatíes de Ruth Levy: “No tan hermosas...”. Un cuento espléndido y triste, inmortal (tiempo) desde el descubrimiento o encuentro o reencuentro, desde aquel

primer avistamiento de Cristóbal Colón en aguas que aún no se nombraban americanas que al ver a las sirenas/manatíes recordó de inmediato el Mediterráneo. No tan hermosas... y el silencio entre las olas.

Rafael Ortiz nos cuenta la historia de Rogelio: “Ojo de pez”. La figura es fuerte, hay que imaginar una catarata, pero el ojo de pez prevalece, el ojo del pargo. La narración en futuro confirma el pasado. La certeza de la rutina, de la cercanía de la muerte, de la persistencia de la pobreza, de la distancia, del frío, de la enfermedad, del dolor. Y el invierno (tiempo) y la esperanza (tiempo).

Los ensayos de esta edición son también hilos de oro y de plata, las redes del tiempo y de la historia, íntimas y ciertas. Diana P. Valencia nos lleva de la mano al trabajo de Martha Cerda que la misma ensayista define como “una de las obras más personales y en-



trañables” de la escritora. A través de “Mientras agonizas: memorias de Martha Cerda”, Diana tiende un puente que nos conduce a la historia de la relación padre-hija y al universo de referencias literarias que encuentra desde William Faulkner y Julio Cortázar hasta los imprescindibles Juan Rulfo y Elías Nandino.

Laura Castro Golarte inicia la publicación de un ensayo por entregas en el que sostiene lo que de pronto parece un secreto a voces: “Nos han enseñado mal la historia”. Y no se refiere a los mitos, que luego se han dilucidado, sino a las omisiones; a momentos, percepciones y personajes que se han ido perdiendo, y tergiversando, con el tiempo.

Antonio Puente aborda, brevemente, las causas y limitaciones de buscar la felicidad, de encontrarla, o no.

La columna de Silvia Quezada es una cátedra. “Caída libre” hacia un personaje de la docencia y la cultura de Guadalajara: Arnulfo Eduardo Velasco, presidente del PEN Guadalajara, escritor y profesor de generaciones y

generaciones de varios jóvenes estudiosos de Filosofía y Letras, Cine y Literatura. La Dra. Quezada comparte una anécdota personal y una gran lección con el Prof. Arturo que repito aquí: “Aprendí que la literatura nos coloca frente a situaciones en apariencia ficticias que denuncian la condición humana”, gracias al trabajo de análisis de un título. Imperdible.

Luego están los poemas. Hasta parece que alguien los curó para estos Periplos... o que se escribieron sobre pedido. No fue así. El tiempo, el implacable, el que pasó, para citar al cubano inmortal, Pablo Milanés, se las ingenió para tejer la urdimbre de momentos e historias, temporadas y temporalidades.

Gulnara Molina es el tiempo: el que pasa (que “ojalá nos envolviera”); las vueltas del reloj y las cajas que no se abren: memorias, ausencias, recuerdos. Tiempos idos, los por venir, el aquí y el ahora. Es ese hilo de plata y oro que va y viene como un pespunte.

Jorge Luis González escribe “Cernuda soledad”, un título con todo el sentido mientras

nos guía hacia Cernuda. Recordé el poema “Cómo llenarte, soledad”. Jorge Luis elucubra sobre esa soledad y la del Laberinto... de Octavio Paz, cita, recrea y crea un poema original y profundo con tintes claros de lucidez y sabiduría. ¿Y el tiempo? A nuestra hora... Para empezar.

No podía ser más claro, desde el título, el poema de Margaret Sandoval: “Fragancia con el tiempo”. A partir de esta lectura encontré el hilo de plata y oro, el hilo conductor. Todos los tiempos: ayer, hoy y mañana. Estratos, horizontes, expectativas. Historia.

Asimismo, no podía ser más adecuado el poema de Laura Hernández: “El final de nuestro tiempo”, un desgarrador llamado a la vulnerabilidad de l presente y del futuro de la humanidad.

Y llegamos al tiempo de las despedidas con María Lanese, nuestra galardonada con el primer premio “Raúl Aceves”, otorgado por PEN Guadalajara apenas en la FIL 2021. Tres poemas que son despedidas, ausencias, añoranzas. La muerte que pasó (y los colores), el

recuerdo que queda. Esperar, esperanza, reencuentro, nostalgia.

Finalmente, antes del “Calendario literario” de Lizbeth Sánchez, puntual (tiempo) y preciso, dos relatos que son semblanza y testimonio. Primero Martha Cerda, presidenta honoraria del PEN Guadalajara, en “El Dr. Nandino y Los Contemporáneos”, nos comparte una semblanza del doctor Elías Nandino y, a través de ella, otra de los Contemporáneos. Los matices de la personalidad y la obra de cada poeta son un acercamiento y un reencuentro. Como si Nandino, Pellicer, Villaurrutia, Vasconcelos y Antonieta y Ramón López Velarde siguieran ahí en una tertulia literaria infinita.

Y cerramos con el relato de José Mario Martín, una anécdota de lujo y privilegio, sin que tenga nada que ver con riquezas materiales. En algún momento, mientras los hilos del tiempo, impredecibles, más que tejer o coser, bordaban, José Mario se encontró con Juan Rulfo. La historia es deliciosa. Al calor de una erudita reunión literaria, un paseo por Guadalajara, del Café Azteca al Café de Nápoles y aquella muchacha, sabremos contestar la pregunta rulfiana y divertida “y usted ¿de quién es?”.

El tiempo lanzó los hilos y tejió temporadas, recuerdos e historias. A su consideración.

Contenido

Cuento

Plenilunio	12
<i>Aida López Sosa</i>	
La cafetera italiana	16
<i>Arnulfo Eduardo Velasco</i>	
No tan hermosas...	19
<i>Ruth Levy</i>	
Ojos de pez	25
<i>Rafael Ortiz</i>	

Ensayo

El doctor Nandino y Los Contemporáneos	28
<i>Martha Cerda</i>	
La felicidad ¿existe?	31
<i>Antonio Fuente Ruiz</i>	
Mientras Agonizas: memorias de Martha Cerda	32
<i>Diana P. Valencia</i>	
Nos han enseñado mal la historia	35
<i>Laura Castro Golarte</i>	
Un extraño en la mesa	37
<i>José Mario Martín</i>	

Caída Libre

Arnulfo Velasco, un lector perspicaz	44
<i>Silvia Quezada</i>	

Poesía

El final de nuestro tiempo	48
<i>Laura Hernández Muñoz</i>	
Brindisi	49
Catanzaro	50
Querido Adolfo	50
Migrantes	51
<i>María Lanese</i>	
Cernuda soledad	52
Cernuda solitude	54
<i>Jorge Luis González</i>	
La mujer invisible	55
<i>Yarimar Marrero Rodríguez</i>	
Fragancia con el tiempo	56
<i>Margaret Sandoval</i>	
El tiempo que pasa	56
Hay cajas que no se abren	57
<i>Gulnara Molina Román</i>	
Calendario	
<hr/>	
Calendario Literario	58
<i>Lizbeth Sánchez</i>	



pel
cción

IDEY
roco letor
aliduran
as relaciones
una película

re
e
o la
atons
en

la son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

as in
nere q
ambuir o
Es sinatra
sabe de los pe
ado en tra b

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

La son que re
e de tales de tu
contagios

OU
SC
Piemer
to que
mipe

califica si
abru

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
CUENTO
LITERARIOS

Plenilunio

Aída López Sosa¹

Teníamos que quitarnos a los enemigos. El asedio era insoportable. Caminamos más de tres kilómetros selva adentro alumbrados por la luna llena con la certeza de no estar sobre campo minado. Hacía tiempo que en cada paso nos jugábamos la vida, la maquinaria del orden estaba decidida a acabar con los revolucionarios. Protegerse antes de cada ataque ayudaba a tener confianza. “¿Cuánto faltará para llegar?”, preguntó el sardino del grupo, “No mucho”, respondió Jiménez, “¿Ves esa luz arriba de la loma? Ahí es la casa de la vieja Sofía”. Jiménez fue teniente y odiaba al capitán Torres por un lío de faldas, hizo lo posible para sacarlo del ejército cuando comenzó el rumor de que su subalterno se había echado a su mujer, lo que Jiménez no negaba. Esa noche sabía que Torres descansaba en el “Caldas”, ahí se iba a refugiar después de las excursiones en las que asesinaba a mansalva a cualquier opositor del régimen. El último espectáculo de ahorcados infartó a la mamá del raso Pérez antes de ver a su maltrecho hijo colgado. En una caja le enviaron la mano derecha con el mensaje: “Aquí la mano del traidor con

la que sostenía el rifle”, la señora no alcanzó a abrir el paquete cuando se desplomó. Así escarmientan a los desalineados.

“Vieja Sofía si te me apareces en pelotas, claro que le entro a esa vaina”, le decía Jiménez con sus ojos saltones. “Ni vas a saber que soy yo el día que pase, cara chimba” y así se la pasaban bacano en la recocha, nos contaba. La bruja caribeña sabía cómo blindar el cuerpo y el espíritu con la magia yoruba, esa noche los que atacarían el “Caldas”, además llevarían amuletos. Torres andaba con los suyos, dijo Jiménez, varias veces lo acompañó con la mulata que tenía el poder de convertirse en animales o en mujeres bellas para seducir a los hombres y acabar con ellos. Hacía cosas negativas como positivas, ahí fue donde el capitán Torres confirmó que Jiménez se gallinaceó a su vieja, ella misma se lo dijo. No le sacó la piedra porque le dijo que si se quedaba en el ejército lo matarían: “Nicanor Ochoa te protege, cachaco”. ¡Quién sabe! El espíritu del curandero trabaja con la bruja para salvar a militares y narcotraficantes y uno que otro clérigo que recurre a ella por sus poderes curativos. Dicen que en velación saca la próstata cancerosa en una noche para ofrecerla a Nicanor. El bulto con ojos, bigote y pelo negro rodeado de veladoras y flores silvestres, desde la esquina penumbrosa atestigua la “operación sin cirugía” que la hechicera ejecuta en el cuerpo ungido de aceites y yerbas en medio de rezos y abundante ron.

Los cinco hombres que atacarían el “Caldas”, Jiménez y yo, seguimos caminando por la plasta oscura y crocante cuidadosos de no pisar alguna serpiente, a ratos la luna perdía brillo cuando se atravesaba una nube o las copas de los árboles cortaban el cielo. El ruido incesante del río se imponía al de las aves nocturnas, nosotros continuábamos sin parar, antes de las doce teníamos que estar en esa choza para que les hicieran las limpias y les dieran los fetiches.

¹ Aída López Sosa (México, 1964). Psicóloga, Capacitadora Certificada y Correctora de Estilo. Diplomada en Creación Literaria por la Sociedad de Escritores de México (SOGEM) y por la SEDECULTA. Columnista en periódicos y creadora de contenidos para televisión, revistas nacionales y extranjeras. Ganadora del Primer Concurso Nacional de Cuento de Escritoras Mexicanas (2018). Primer lugar en el certamen Calaveras Literarias (2019) organizado por la Fundación Elena Poniatowska Amor A.C. Ganadora del Fondo de Ediciones Literarias del Ayuntamiento de Mérida con el libro de cuentos: “Despedida a una musa y otras despedidas” (2019) y con el libro de ensayos: “La vuelta al arte en 20 retratos excéntricos” (2021). Ganadora del Premio Estatal de Literatura 2020. Incluida en el Mapa de Escritoras Mexicanas Contemporáneas y en El Catálogo del Cuento Mexicano. Miembro del PEN Internacional.



A las tres de la madrugada los cinco compañeros se embarcarían en un cayuco por el río Magdalena para salir al mar hasta llegar al barco donde estaba el arsenal con el que atacarían el “Caldas”. La odisea no sería fácil, aventurarse a mar abierto para zarpar el barco militar requería de la vieja Sofía, del espíritu de Nicanor y de quién sabe qué otras fuerzas malignas para matar a Torres y sus guardias. Teníamos esperanzas de que nadie les hubiera sapeado el plan. En tiempos de revueltas las orejas están hasta en los botes de basura.

El olor a yerba quemada fue la señal de que ya estábamos cerca. La loma empinada nos acercaba a la luna y a la voz de la chamana que, entre palabras y

lamentos, hacía las velaciones protectoras. Jiménez la conoció desde que empezó en la Armada Colombiana, siempre que iban a un “encargo” consultaban con ella para saber si regresarían, varias veces les vaticinó que alguien colgaría los guayos y pasaba, así fue que comenzaron a tenerle fe, ya no hacían operativos sin antes consultarla. Sus predicciones las basaba en la luna y por la intercesión del espíritu de Nicanor, por eso prefería que las limpias fueran en plenilunio cuando el brillo es intenso para iluminarla.

La puerta estaba abierta. En la única pieza de la choza estaban en el suelo pétalos de flores en forma de crucifijo, las veladoras bordeaban las paredes de adobe formando figuras amorfas e infernales que

danzaban al ritmo del pabilo que se retorció por las llamas. “Ya tengo sus amuletos. A las doce en punto ya deben estar acostados dentro de la cruz los que van a trabajar”. En cuanto terminó de hablar se volvió hacia Jiménez, “¿Tú vas?”, “No mi amor, me sigo reservando para cuando rejuvenezcas”. Así se hablan, como que a la bruja le gusta el vacilón.

“Quítense la ropa y salgan atrás. Tienen que darse un baño de luna pasándose limón con un polvo que preparo”. Los manes obedecieron hipnotizados, asentaron sus mochilas en el rincón opuesto al altar de Nicanor y se desnudaron. Ella dio a cada uno una cubeta de agua, un plato con polvo blanco y medios limones. Necesitaban limpiarse hasta blanquear su energía para que el “cruzamiento” fuera efectivo, explicó. Después les dio otra instrucción: “Pasen, elijan su cruz y métanse”. Ya acostados la mujer trajo una olla con un líquido aromático y lo fue echando en los cuerpos menos en las cabezas. Con una pata de conejo fue repasando en forma de cruz las pieles sin faltar las palabras raras y el ron que bebía a sorbos copiosos. Con una tinta conjurada y un pincel llenó de cruces los cuerpos. Yo nunca había ido a ese lugar, era la primera vez que presenciaba algo así. Soy un barbero y nunca he tenido que recurrir a la magia, soy el mejor y los clientes llegan sin necesidad de conjuros. De reojo veía a Jiménez que no se inmutaba, hasta parecía que se sabía la letanía, me pareció que abría los labios o quizá fue mi imaginación.

Cuando terminó de cruzarlos formó en el piso unos símbolos con pólvora y los prendió para espantar a los malos espíritus. La pieza se llenó de humo, el bulto de Nicanor en el rincón sentía que me miraba y leía mis pensamientos. Su pose acartonada, enflusada de blanco, con sombrero y bastón, imponía respeto y temor. La vieja Sofía decía que no necesitaba hombre porque esa figura de yeso se convertía en humano, se

enguayababan con guaro y tenían sexo, por eso las próstatas de los curas se las dejaba para que se las comiera. Cuando lo contó Jiménez me atreví a decir que en medio del monte a lo mejor se las comían los animales, pero él se puso serio como si hubiera dicho una blasfemia. Que yo soy solo un barbero, qué voy a saber de brujerías y chamanes. Si estoy metido en esto es por él, además de que soy ateo y me molesta que los conservadores permitan que la iglesia se meta en todo.

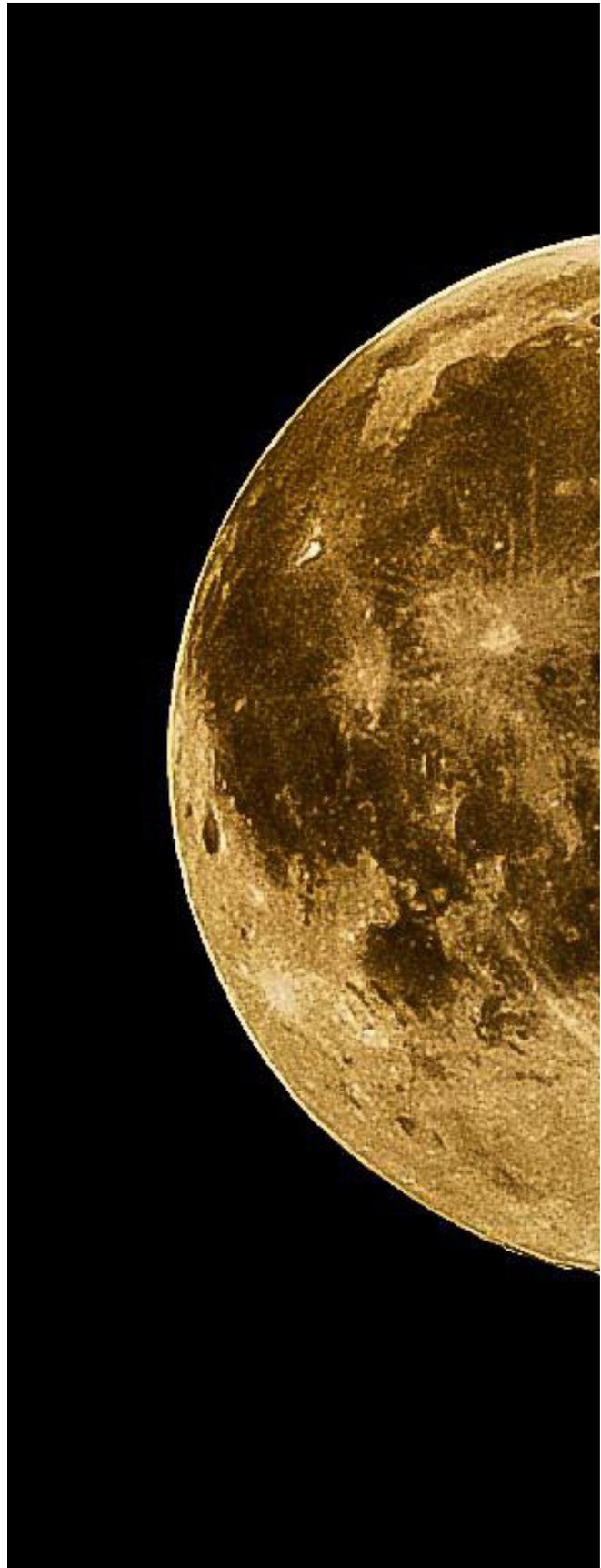
“Ya están blindados, muchachos. Vístanse, ahora les doy sus amuletos”. Uno de ellos preguntó cuánto le debían, Jiménez se adelantó y dijo que dejaran lo que quisieran, que a los pies del chaman estaba un plato morado donde le ponían los pesos. Se acercaban las tres y debían apresurarse, esa hora era la mejor para entrar al Magdalena, dijo la vieja. Jiménez y yo los acompañamos hasta que entraron a mar abierto y se perdieron. Faltaban unas horas para que aclarara.

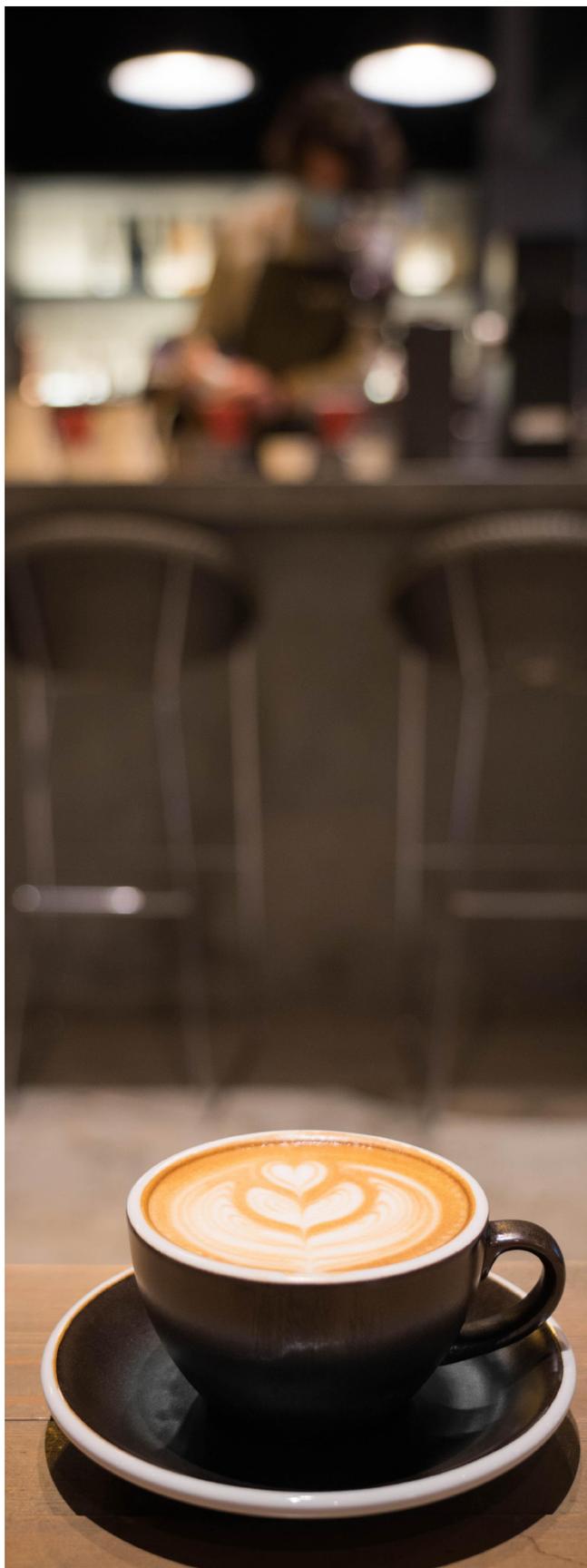
A la mañana siguiente abrí la barbería, no se sabía nada de los nuestros ni tampoco del buque militar, mejor dicho de Torres. Aquel día vinieron a cortarse el pelo un cura y el secretario del alcalde, nadie dijo nada. Mientras atendía al cura pregunté si había alguna novedad en el pueblo, y no, nada nuevo. Al tercer día entró Jiménez con el pretexto de alinearse el corte. “Anoche aparecieron cuatro. A uno de ellos lo capturaron y no se sabe qué pasó con él. Esa noche no pudieron hacer nada, fue hasta la siguiente”. “¿Qué pasó con Torres?” “Crean que lo mataron, lograron zarpar al “Caldas” y los encañonaron, pero la oscuridad no los dejó ver bien, la luna ya está menguando”. “Si no lo mataron, esto se va a poner peor”, “Me voy, ya sabes. A ver que más averiguas con tus clientes”.

Jiménez me dejó más preocupado que antes. Pasaban los días y no se sabía nada de Torres ni del

revolucionario. Nadie de los que llegaba a la barbería decía nada. ¡Era desesperante! Calmaba la incertidumbre afilando mi colección de navajas mientras esperaba que algún alma me informara, pero no sucedía. El siguiente domingo no fue el mejor, ansiaba que fuera lunes. A la barbería llegaban militares a mamar gallo en sus días francos y entre plática y plática a veces boqueaban algo. El silencio carcomía mis nervios.

Pasaban tantas cosas por mi mente, ¿y si el rehén hablaba del barbero que les pasa información y los acompañó con la bruja que bien conoce Torres? Tampoco sé si ella guarda el secreto de quienes van a cruzarse... Si seguía pensando iba a enloquecer antes de que apareciera el capitán y me llenara de plomo. Lo mejor que me quedaba por hacer era tener mis navajas listas por si tuviera que utilizarlas para defenderme, las saqué y acomodé en el mostrador. Estaba afilando la más antigua cuando sentí que alguien cruzó el umbral: ¡Era Torres! No saludó al entrar. Yo estaba repasando sobre una badana la mejor de mis navajas. Y cuando lo reconocí me puse a temblar. Pero él no se dio cuenta. Para disimular continué repasando la hoja. La probé luego sobre la yema del dedo gordo y volví a mirarla contra la luz. En ese instante se quitaba el cinturón ribeteado de balas de donde pendía la funda de la pistola. La colgó de uno de los clavos del ropero y encima colocó el kepis. Volvió completamente el cuerpo para hablarme y, deshaciendo el nudo de la corbata me dijo: “Hace un calor de los mil demonios. Aféiteme”.





La cafetera italiana

(Divertimento)

Arnulfo Eduardo Velasco¹

Para un maestro de literatura jubilado hay pocas opciones. Uno puede dedicarse a dar clases a grupos de señoras (que nunca aprenden nada, pero desean presumir a sus amigas de estar estudiando literatura), o volverse adicto al mal café de algún establecimiento barato en el cual se puede convivir con otros jubilados y llevar la cuenta de quiénes van muriendo (es mi caso).

Por otra parte, el café Kodama es el lugar donde Mariela y yo nos encontramos casi todos los días. Mariela es otra maestra de literatura jubilada. Cuando éramos jóvenes y estudiábamos la carrera tuvimos, como se dice, nuestros haberes. Pero, por fortuna el sexo no dañó lo que se terminó convirtiendo en una amistad; basada, esencialmente, en el hecho de tener aficiones similares. Sobre todo, la lectura de novelas policiacas.

Como maestros, por supuesto, impulsábamos a nuestros alumnos a leer a Cervantes y a García Márquez, a Pérez Galdós y a Juan Rulfo. Pero, entretanto, nosotros cultivábamos nuestro jardín secreto con Agatha Christie y Chester Himes, con Patricia Highsmith y Georges Simenon. Y nuestra diversión de toda la vida ha sido tanto imaginar delitos como crear soluciones para los crímenes reales que van ocurriendo y apareciendo en las noticias.

¹ Arnulfo Eduardo Velasco nació en Guadalajara en 1956. Es doctor en Estudios Románicos por la Universidad de Montpellier (Francia). Profesor-investigador jubilado de la Universidad de Guadalajara. Maestro actualmente en la SOGEM-Escuela de Escritores y en el CAAV-Universidad de Medios Audiovisuales. Presidente actual del Centro PEN Guadalajara. Ensayista, narrador y poeta.

Debo decir que Mariela es mucho mejor que yo en ese juego. Su mente está hecha para descifrar enigmas.

—Todo es cuestión de aplicar la lógica —me dice.

—Muchos afirman que las mujeres no están hechas para la lógica.

—Machos mal paridos. En realidad, las mujeres somos más lógicas que los hombres. Ustedes piensan con los testículos y siempre es la simple cuestión de demostrar quién es el líder de la manada. Nosotras pensamos con la lógica de quienes son responsables de la supervivencia de toda la especie.

No sé cuán ciertas sean las afirmaciones de Mariela, pero no puedo dudar de su capacidad de análisis y de lo efectivo de sus procesos lógicos. Como prueba puedo ofrecerles una pequeña historia.

Hace tiempo don Manuel, el dueño del café Kodama, se acercó a nuestra mesa con expresión de congoja.

—Doña Mariela, disculpe la molestia, pero yo sé que usted es muy hábil solucionando problemas.

—Es un simple juego, don Manuel, y no necesariamente se aplica en la vida real, pero si puedo hacer algo por usted...

—Pues sí. Sucede que me acaban de robar...

Naturalmente el asunto nos interesó y le pedimos más detalles. Como en las mejores novelas, se trataba de un objeto desaparecido con tres sospechosos. Don Manuel había comprado recientemente un aparatoso artilugio: una lujosa cafetera automática de fabricación italiana, que le había costado ojo y medio de la cara. Pensaba instalarla próximamente y, por supuesto, subir el precio de su café. Pero la noche anterior la cafetera había desaparecido de la pequeña bodega que se encontraba en la parte baja de su establecimiento. Un cubículo al cual solamente se podía llegar descendiendo por medio de una tortuosa escalera de caracol. El atribulado dueño del

Kodama nos mostró el folleto de su adquisición, de la que estaba tan orgulloso hasta el día de ayer.

Según el impreso, la famosa cafetera, de marca Scerbanenco, tenía un revolucionario sistema de regulación automática del flujo, pero se podía utilizar también en forma manual; un caudalímetro (vaya palabrita) preciso que permitía controlar el peso de la cantidad del café; un regulador de temperatura con una precisión de hasta 0.1° C; una caldera de 7.5 litros; pantalla touch, portafiltros opcionales de 54 o 58 mm; iluminación frontal y trasera. Todo sonaba muy bien, aunque yo no estaba seguro de que todo eso pudiera realmente mejorar la calidad del café del Kodama.

El asunto, sin embargo, es que ni la puerta de la cafetería ni la de la bodega habían sido violadas. Aparentemente se había utilizado la llave para abrirlas. Las llaves del lugar las tenía don Manuel, pero había unas copias ocultas bajo la caja a las cuales podían tener acceso sus tres empleados: Marta, Miguel y María. Los tres tenían tiempo trabajando en el lugar y parecían buenas personas. Pero, por ninguno de ellos estaba dispuesto don Manuel a poner sus manos, o ninguna otra parte de su cuerpo, en el fuego.

—¿Y qué dicen ellos? —pregunté yo.

—Fue Miguel quien me dijo que la cafetera había desaparecido. Entró esta mañana en la bodega y ya no la vio.

—¿Y las muchachas? —preguntó Mariela.

—Marta dice que ella no ha entrado desde ayer a ese lugar y María, como se fundió el foco antier en la tarde, no ha querido bajar, pues le da miedo la oscuridad y no quiere poner la mano sobre algún bicho.

—¿No le ha hablado a la policía? —pregunté yo.

—¿Para qué? No tengo ningún seguro ni garantía. Y lo que sí tengo es la experiencia. Llegan los judi-

ciales, lo revuelven todo, nunca encuentran nada y siempre desaparece alguna otra cosa.

—Bueno, don Manuel, a mí me parece que no hay nada misterioso en este asunto —aseveró Mariela.

—¿Nada?

—No. En primer lugar, basta con ver a sus empleadas. Marta y María son dos chicas delgadas. Habrían debido tener un cómplice muy fuerte para sacar en la noche la cafetera, que debe pesar bastante.

—Sí, pesa mucho.

—Y Miguel, en cambio, parece tener bastante fuerza.

—Fue él quien bajó la cafetera.

—Pero no es necesario considerar la posibilidad del cómplice. ¿El foco de la bodega está realmente fundido?

—Sí, desde hace dos días.

—¿Y no lo han cambiado?

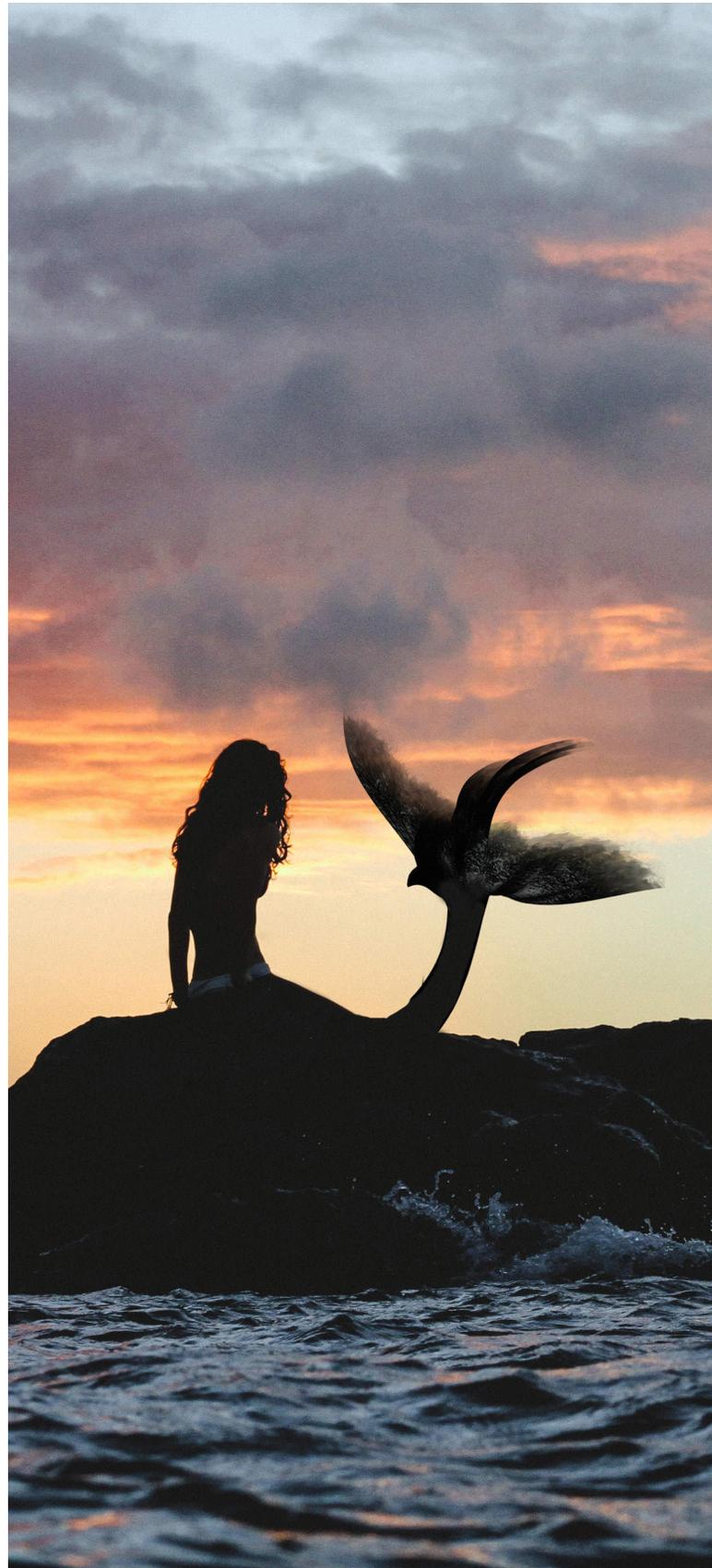
—No.

—¿Bajan utilizando una lámpara? —pregunté yo.

—No tenemos. Pero tampoco es necesario bajar tan a menudo. Allí guardamos cosas que no se utilizan normalmente.

Mariela sonrió:

—Entonces no es posible que Miguel haya bajado hoy en la mañana y haya visto en la oscuridad que faltaba la cafetera. Solamente se habría podido dar cuenta una vez que cambiaran el foco. Pero no necesitaba verlo. Él sabía que el aparato no se encontraba ya en la bodega.





No tan hermosas...

Ruth Levy¹

El 9 de enero de 1493 el almirante Cristóbal Colón navegaba en las proximidades del llamado Río de Oro —a la altura de la costa Norte de Santo Domingo—; de repente se sorprendió con lo que luego describió en el "Registro N° 146" del libro de bitácora como: tres sirenas salieron bien alto de la mar. Luego, a renglón seguido agregó, no sin cierta decepción masculina: pero no tan hermosas como las pintan y de alguna manera tenían forma de hombre en la cara.

Este suceso establece el primer informe escrito de la presencia del manatí en aguas americanas y, a la vez, también constituye el traslado repentino al Nuevo Mundo del antiquísimo mito de las sirenas...

Eso vieron los descubridores, eso leen los historiadores y cualquiera que busque información acerca del primer avistamiento del manatí en aguas americanas; lo que hasta hoy nadie sabía es la verdad existente detrás de lo que distinguió ese hombre en aquel aciago día de enero más de medio milenio ha.

Él pudo habernos visto con nuestra antigua condición de sirenas; pero un amigo tritón nos alertó de su arribo tres meses antes. No nos eran desconocidos esos hombres de piel menos oscura que los que habitan las riberas de este mar, de estas tierras que nos acogieron cuando decidimos huir de aquellos mares mediterráneos. No nos producía más goce el ser la inspiración de los poetas (como tampoco la causa de la muerte de los navegantes que no sabían mantener

¹ Ruth Levy, Doctora en Letras, nació en Colima, Colima, y reside en Guadalajara desde 1966. Profesora investigadora jubilada en la Universidad de Guadalajara. Una treintena de publicaciones, individuales y colectivos, también en periódicos y revistas nacionales y extranjeras, en papel y virtuales. Entre los de ensayo destacan: El mundo animálico de Guadalupe Dueñas (2008) y Gustavo Sainz, un sastre generoso (2020). Tiene el cargo actual de secretaria del PEN Centro Guadalajara.

el timón en las aguas turbulentas donde nos gustaba jugar, cantar y peinar nuestros cabellos).

Ya existía el manatí en estas aguas y convivíamos felices, son los animales con los que mejor congeniamos. No peligramos jamás porque nosotras somos inmortales dentro del agua, ellos sólo viven entre cincuenta y sesenta años. Los mexicas lo nombraron "tlacamichin" que significa "hombre"; y así cada pueblo lo llamó en su idioma con el significado que mejor le encontró.

Cuando supimos de la inminente llegada del europeo a estas tierras fuimos a consultar a nuestra pitonisa Seranis; ella podía ver el futuro hasta en siglos y milenios, pero no le era dado informarnos más de lo necesario para que se cumplieran vaticinios o equilibrios en nuestra naturaleza. Nos permitía decidir y la mayoría de las veces podíamos vivir felices y en paz a través del tiempo y de los espacios adonde queríamos dirigirnos también por capricho, miedo o jugueteo. En el momento del anuncio (y hasta hoy) estábamos en lo que ahora es el sureste de la República Mexicana.

—Lo sé; sé a qué vienen. Quieren preguntar si acá se comportarán ellos de otra manera; si peligra la tranquilidad de todas; si tendremos que emigrar... Les diré cómo será esta tierra en el futuro y ustedes decidirán lo qué hacer.

Seranis tenía mayores poderes que nosotras, podía conectar su mente con la nuestra y dejarnos ver, sentir, paladear, y sufrir lo que ella sabía conveniente para todas. Así sufrimos la Conquista, paladeamos la Independencia, y resentimos la Revolución cuando el siglo XX estaba iniciando; ese siglo tan lleno de ciencia, arte y tecnología. Nos admiramos con los inventos de los medios de transporte; a través de ellos México recibió turismo de todo el mundo. Por la industria, y por la falta de ética de muchos la contaminación empezó a dificultar nuestros escondites y

a menguar nuestros poderes. Muchas sirenas habían sido atrapadas y llevadas a laboratorios, a circos, y a burdeles. El turismo llegaba con un solo objetivo: atrapar a una sirena. No podíamos sobrevivir fuera del agua; ya ni siquiera podíamos comunicarnos entre nosotras, y el...

—¡Detente, Seranis! No queremos saber más. Debemos meditar, conversar entre nosotras y decidir nuestro futuro. Ya regresaremos...

Y fuimos a nadar calmas para pensar; nos detuvimos en unas rocas, saludamos al sol, nos extasiamos con la iridiscencia que proyectaba sobre el oleaje diáfano... De pronto comprendimos el futuro aterrador que nos esperaba en esas tierras. Pensamos en la probabilidad de regresar a aquellas aguas no tan míticas como las describen los clásicos; pero previmos que sería igual que acá; y aún más crueles por nuestras historias (las de ellos y las nuestras). Quizás no lo pensamos mucho, porque si hubiéramos regresado habríamos encontrado muchos más espacios para pasar inadvertidas en algún lugar de los otros continentes. Ni modo, ya no lo hicimos...

Hasta nuestras rocas llegaron unos manatíes. A pesar de su timidez natural no nos temían, probablemente porque las hembras también tienen mamas (de ahí el nombre que los Indios Caribes les dieron: "manatí" que en su lengua quiere decir "pecho"; los mayas los llamaron "manatín"); también nos habíamos encontrado en los esteros, así que además teníamos en común la respiración dentro y fuera del agua ya dulce o salada (pero en tierra firme sólo podemos arrastrarnos); y también que cuando andábamos en la superficie, ambos sacamos la cabeza y los hombros.

Mientras jugábamos a deslizarnos sobre las rocas hacia el mar (siempre llegábamos primero porque ellos son muy, muy lentos dentro y fuera de cualquier tipo de agua) pudimos conectarnos con sus mentes

y conversar; les contamos nuestro pesar y ellos nos dieron la solución:

—Adquieran nuestra forma; conviértanse en manatíes tanto tiempo como sea necesario; cuando consideren que ha pasado el peligro para ustedes recóbrenla y asunto resuelto.

Nos dejamos llevar por su ingenuidad, por su optimismo, por su generosidad, y fuimos a darle la noticia a Seranis; ella nos miró con sus ojos de futuro y no supimos leer en ellos. Afirmó con su cabeza adornada de cabellos sabios y se despidió:

—Conservarán el poder de pensar, su historia, la comunicación con sus hermanas y su inmortalidad bajo el agua. No podrán conectarse conmigo... Adiós...

Y no supimos ver lo que podrían haber sido lágrimas si lloráramos las sirenas; no comprendimos que era un auténtico adiós. Nuestros ojos de futuro sólo veían el contento por la nueva aventura: tendríamos otro aspecto y ahora sí podríamos interactuar con el hombre; no lo pudimos lograr como sirenas por su eterno afán de conquista y de apareamiento que no existe en nuestra naturaleza. Habíamos visto que el manatí no teme al hombre, que nadaban hacia él con gusto.

Nos convertimos en manatíes y nos despedimos de las que emigraron al centro y al sur del continente, ya nos veríamos en un tiempo no muy lejano, confiábamos.

Sí, habíamos visto que el manatí no teme al hombre, y que se acercaban a ellos con gusto, lo que no supimos a tiempo es que por ese confiado acercamiento los nativos empezaron a apreciar cada centímetro de esos hasta cinco metros de largo de piel, y cada gramo de esos hasta 1600 kilogramos de carne muy nutritiva. Su piel era utilizada en la fabricación de látigos, bastones y sandalias; y con sus huesos, especialmente con sus costillas, tallaban artículos

ornamentales y de joyería; colgaban de su cuello algunos dientes para recibir la fuerza del animal y que les otorgara poder durante las batallas.

Fuimos aprendiendo todo acerca de los manatíes, por ejemplo, que sus oídos son muy pequeños, pero tan sensibles que son capaces de escuchar bajo el agua (también nosotras podíamos, hay más similitudes). Sus ojos están protegidos por una membrana para que no los dañen el sol y el agua. Carecen de cuerdas vocales, sin embargo, se comunican mediante chillidos muy parecidos al llanto de un nene (nos preguntamos ¿extrañaremos nuestras voces entonando canciones de color y vida?). Tienen una figura extraña, caprichosa: la cabeza y el rostro presentan grandes arrugas y pliegues que le dan un aspecto grotesco, enfatizado por su labio superior parecido al leporino (mientras menos belleza más seguridad de permanecer aquí, pensábamos). No tiene cuello, por lo que debe girar todo su voluminoso cuerpo para ver hacia un costado (¡somos tan ágiles las sirenas!), y adornan su grueso hocico rígidos pelos que le ayudan a obtener su alimento. Su cuerpo es rechoncho en la parte superior y se adelgaza poco a poco hasta terminar en una cola con forma de remo (ya sin la forma de pez). Sus miembros anteriores tienen de tres a cuatro uñas y, además, dos proyecciones musculares para asir y pasar el alimento a la boca (adiós a nuestras bellas y mágicas manos que jugaban con el viento, con caracolas, y con el sol en nuestros cabellos).

Como manatíes adquirimos la totalidad de su esencia y de sus costumbres; así tuvimos que comer; por fortuna son vegetarianos (nosotras nos alimentábamos de espuma de mar, de sol, de sonrisas y de cantos). Nuestro sistema digestivo se tornó muy complejo; y sentimos papilas gustativas que nos permiten seleccionar el mejor alimento, esos 25 a 30 kilogramos diarios que necesitamos para sobrevi-

vir. Los molares son reemplazados continuamente a causa de los hábitos herbívoros: plantas sumergidas o que flotan en el agua, aunque en ocasiones buscamos también las que están a ras de la superficie, para alcanzarlas y degustarlas mejor sacábamos la cabeza y los hombros y... ahí era donde también perdíamos la vida.

Digo "también perdíamos" porque miles de hermanas han partido al Hades (si fuera verdad lo que contaron algunos poetas) a causa de que el manatí (a diferencia de casi todas las demás especies animales) tiene poco desarrollado su instinto de conservación. Su carácter amistoso y su tendencia a acercarse al hombre los hace tan vulnerables que están a punto de desaparecer del planeta exterminados por el gran devastador (ahora, incluso en lugares donde es muy nutrida la navegación, como en Florida, se eleva el índice de mortalidad de ellos porque mueren despedazados por las aspas de los yates).

Su complicado ciclo reproductivo también los hace vulnerables. Las hembras sólo tienen una cría cada dos o tres años, pues su período de gestación es muy largo: 13 meses.

¿Se clasifica al manatí dentro del orden de los sirenios por aquella equivocación de Colón?

Dije que como manatíes adquirimos la totalidad de su esencia y de sus costumbres; ellos son mamíferos y las sirenas habitamos dentro de ellos desde hace 500 años; entonces, aunque ya sabíamos lo que es ser asediada sexualmente por varios, en esencia no lo gozábamos más que por juego; ahora, cuando entramos en época de celo (por desgracia cada dos o tres años), ya nos excita ver a nuestro alrededor una manada de seis u ocho machos que pretenden ser los afortunados padres de esa cría que permanecerá junto a la madre otros 12 ó 18 meses en prolongada lactancia, período durante el cual les enseñamos lo relacionado con las rutas migratorias y zonas para

alimentarse. No está en la naturaleza del manatí enseñar a sus hijos a defenderse del mayor e incansable depredador del planeta Tierra.

Como sirenas poseemos mamas, pero eran un vil adorno; no tenían otro objetivo que el (real involuntario) de atraer a los hombres a una muerte segura. Como manatíes hembras las tenemos parecidas a las nuestras (de las sirenas), y a las humanas, y también, como ellas, amamantamos crías, las abrazamos y protegemos (no del hombre) de la misma forma como una mujer lo hace con su niño. Es tan grande el instinto maternal de estas criaturas que cuando llora un manatí pequeño hasta lágrimas salen de los ojos de la madre. Yo no conocía el sabor de una lágrima, tan parecido al agua del mar, pero ésa es dulcemente salada; las lágrimas de una madre sólo son tristes y saladas (en nosotras, ¿cuántas de esas lágrimas eran también por añoranza y dolor de haber perdido a tantas?).

En este siglo XXI, nos reunimos para reflexionar en la conveniencia de seguir siendo manatíes; decidimos que no, sirenas quedamos un par de docenas en México (manatíes todavía sobreviven 200 ó 300); queremos buscar protección en otros lares. Como sirenas podremos contactar a Seranis, emigrar juntas...

No pudimos recobrar nuestra antigua forma, unimos el poder de todas para recobrar tan siquiera una y que ésa tuviera el poder de salvar al resto... imposible. Entonces recordamos las últimas palabras de Seranis: —Conservarán el poder de pensar, su historia, la comunicación con sus hermanas y su inmortalidad bajo el agua. No podrán conectarse conmigo... Adiós...

Ya comprendimos sus palabras concisas, categóricas; ella partió triste por el castigo que recibiríamos a causa de nuestro temor; ella sabía que nuestro desti-



no es quedarnos como manatíes hasta que el hombre acabe con todos, o...

Pero no todos los hombres son inconscientes, hay algunos que nos aman, que nos quieren proteger. Divulgan que nuestro principal alimento es el lirio acuático y por la disminución de manatíes, se han infestado los esteros, los lagos y las lagunas (¡oh, aquel ignorante, estúpido, y funesto suceso en Chapala! ahí perdimos a varias hermanas). La proliferación de las plantas acuáticas crea problemas: dificultades de la navegación, de generación hidroeléctrica, o con la irrigación y con la pesca. Además, la maleza puede propiciar enfermedades por albergar microorganismos dañinos. Pero no escuchan, muchos hombres sólo desean el trofeo de asesinar a un manatí.

En la Península de Yucatán PRONATURA ha propuesto la construcción de "refugios y santuarios" con fines recreacionales y de investigación para conocer mejor la especie, y para contribuir con la recuperación de las poblaciones de manatíes que

aún existen en México. También cada ser empático con nosotros puede adoptarnos por 25 dólares al año (no sé por qué no en pesos mexicanos), y por ello reciben nuestra historia clínica, fotos con nuestra triste y amable sonrisa, y, a veces, con nuestras crías.

Y aquí estamos, todavía, algunas ex sirenas con una esperanza de sobrevivir por esos programas de protección. ¿Quieren visitarnos? Miren cara a cara a un manatí para ver en el fondo de sus ojos esa tristeza infinita (en el sentido literal, no en el literario; recuerden que somos inmortales bajo el agua); es probable que no logren diferenciar a un manatí de una sirena (no sería la primera vez, ahora recuerden a Don Cristóbal) porque a aquella mirada de naturaleza triste, se ha unido el amor que nos tienen esos nobles animales: se han solidarizado con nuestro pesar de no poder cantar más.

7 de septiembre "Día Internacional del manatí".



Ojos de pez

Rafael Ortiz¹

—Me preocupa que lo de tu madre sea una úlcera crónica en el pie, —recuerda Rogelio las palabras del médico, días antes— quizá tengamos que amputar.

No tengo dinero para la amputación —piensa—, así sea un solo dedo. No tengo con qué pagar la insulina, ninguna enfermedad más. Mamá lo mira paciente, con sus ojos de pargo, con esa nube glacial tan oceánica que es el glaucoma. Desde el derrame cerebral hace tres años no ha vuelto a caminar, poco después perdió el habla, de vez en cuando escupe algunas sílabas destempladas que acaban diluyéndose por la casa, escurridas entre las grietas del linóleo.

Apenas una hora antes vemos a Rogelio dar por terminado su segundo turno del día en la empacadora. Recargará la pala en la pared, colgará el mandil de polietileno y la chamarra, descenderá de las botas de hule, su medio de transporte antiderrapante. De salida surcará los pasillos llenos de ojos similares a los de Mamá, insertados en toda clase de especímenes azules, acerados, de escamas plateadas, recién cubiertos de escarcha. Todos ellos, como nosotros, aguardando por algo: supermercado, pescadería de barrio, cocina, redención, una boca.

Recibirá la mísera paga semanal y encenderá luego el último cerillo de la caja, artífice de vida y muerte al quinto cigarro del día, la calada un instante antes de que venga el puñetazo brutal en la boca del

estómago. El resto será puro sentir: las manos registrando sus bolsillos, el anzuelo extrayendo los pocos billetes de cincuenta dólares y un resto de calderilla. Tras la rapiña vendrán nuevas trompadas y punta-piés encajándose en su lomo, desmenuzándolo por dentro de la piel.

No vimos cómo regresó a la casa. Ni cómo debió haber lidiado con las llaves para abrir la cerradura, con el párpado cortado y el pulso todo trémulo. No sabemos si al llegar, el vómito arrojado al escusado es una mezcla de bilis y sangre, aunque lo parece. Tampoco fuimos testigos de cómo, a mitad de la noche y del trayecto, el otoño entregaba la estafeta de las estaciones al temible invierno.

Si hacemos un barrido general podemos registrar el desorden, la descomposición que reina en la estancia. Mamá observa a Rogelio con sus ojos de corvina, como pidiendo una explicación a su cara golpeada, a su estado todavía más deplorable que el resto de los días. Él rehúye la mirada y abre el refrigerador en busca de alimento. Su único hallazgo es un six de Budweiser, al tiempo: les han cortado la luz. Sin energía eléctrica no funciona la calefacción, la temperatura se encamina hacia un descenso irrepresible. El mercurio marca ya 30 Fahrenheit.

—Si Papá no se hubiera muerto —lo escuchamos decir—. ¿A quién se le ocurre morir así, ahogado en el Pacífico? ¿Por qué, si era un experto nadador?

Y suponemos que su coraje es porque Papá no tenía necesidad de arriesgar su vida, salvando a otro hombre apenas conocido que, borracho, jugando, se había lanzado a las aguas torcidas del mar.

Mamá, envuelta en varios rebozos, reacciona al desasosiego de su hijo menor con una ráfaga de sílabas frías. A pesar del exabrupto verbal su cuerpo permanece impasible. Rogelio, en un arranque, toma los mangos de la silla de ruedas, la gira y la pone de frente a la ventana. No quiere que Mamá lo vea llorar.

1 Rafael Ortiz; Guadalajara, México. 1978. Diplomado en Creación Literaria por la SOGEM. Es miembro del Centro Guadalajara del PEN Club Internacional. Ha publicado su obra en varios libros colectivos y antologías, así como en las revistas y periódicos: Casa del Tiempo de la UAM, La Crónica Jalisco y el Heraldo del Bajío, entre otros. Ha publicado el libro de cuentos La indiferencia del mármol (Beca CECA, 2019), y la novela Un vagabundo en mi sopa (La Zonámbula, 2021). Twitter: @rafaiq /Facebook: @ortizlibros

Poco más tarde, dentro del baño, nos situamos junto a él, tan cerca, que percibimos el aroma amoniacal del chorro amarillo diluyendo el espejo del antiguo vómito. Es inútil seguir accionando la palanca. No hay agua, también por falta de pago. La cerveza pronto ha encontrado la ruta de escape mientras su mano envuelve una nueva lata. Nosotros y él nos acercamos en este instante a Mamá, atenta a los acontecimientos del callejón, sin perder detalle. Pareciera que sus ojos de mojarra atravesaran la negrura abisal, el bloque sólido en el que se ha tornado la noche.

Rogelio decide asomarse bien adentro de su memoria, donde nosotros residimos desde hace tantos años. Extrae el recuerdo de su primer invierno en Estados Unidos, tras el penoso viaje desde Villa Hidalgo a Reynosa, el hacinamiento en la caja del tráiler, luego la persecución por el campo sin ley, transido de disparos desde una patrulla. El campo donde todos perdemos pie y solamente Mamá y él se levantan para seguir corriendo, hasta no ver las estrellas, la barras de luz, la libertad.

Abre otra lata y se recarga sobre la barra de la cocina. Quién sabe si tan débil estructura lo soportará. Notamos en su estampa una gravidez, una lasitud rígida de avalancha en lo alto de la montaña, a punto de desprenderse. Quizá hubiera sido mejor que yo me muriera en aquella franja polvorienta cerca del Río Bravo —reflexiona—. “Que mis hermanos mayores fueran los sobrevivientes y ellos ahora vieran por Mamá. Mejor aún si todos hubiéramos caído, todo el cardumen, en la misma red. A mí nadie me preguntó si quería venir. Era feliz en México. Más pobre, dueño de una pobreza de la que no me daba cuenta. Tenía a mis amigos, a mis primos, jugaba al fútbol. Allá en Nayarit siempre hacía calor, a mí me gustaba el calor. Una noche me despertaron, me subieron a una

camioneta, el inicio de una procesión frenética de cinco días, interminable dentro de mi cabeza”.

Rogelio se vuelve, gira y apoya las manos contra la estufa. En un acto quizás inconsciente abre todas las perillas del gas. Aguarda minutos incuantificables para nosotros, pudieran ser horas. Saca la cajita de cerillos e imagina lo lindo que será morir, Mamá y él, abrasados por el fuego de este maldito invierno, este régimen inhumano recién instaurado que desaparece solo para volver año tras año. Pero el recipiente rectangular de cartón está vacío. Recuerda el cigarro en la empacadora, piensa que el inconveniente no hará más que demorar lo inevitable. Huele, lo olemos todos, el aroma inconfundible de la desesperanza y del butano. Se acuesta en el suelo helado, cierra los ojos, respira hondo, en cada inhalación quiere encontrar el final.

Mamá, por su cuenta, tiene un rato con la vista fija a través de la ventana. Sus ojos de robalo han detectado algo. Lo que comienza en una extraña mueca se transforma en una sonrisa, definitivamente sonríe. De su boca salen sílabas en íntima procesión, que juntas orquestan la melodía típica de una risa, interruptora del letargo de su hijo. Al mismo tiempo que la emoción de Mamá se enciende se apaga la monotonía y la complejidad de la niebla. A lo lejos, por donde nosotros ni adivinamos, está saliendo el sol. Y caen también los primeros copos de nieve de la temporada, que, no sabemos, quizá no serán los últimos.

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
ENSAYO
LITERARIOS



El doctor Nandino y Los Contemporáneos

Martha Cerda¹

Todos sabemos que los llamados Contemporáneos, más que un grupo, es una generación de escritores nacidos alrededor de 1900, que empezaron a publicar en la época posterior a la revolución; cuando México comienza a dejar de ser un país rural. En la contraportada de *Los Contemporáneos, Antología General*, viene una definición muy exacta que cito a continuación:

¹ Martha Cerda (Guadalajara), es licenciada en Derecho. Ha publicado más de treinta libros de cuentos, novelas, poesía, ensayo y teatro. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, griego, noruego, alemán, croata e islandés. Ha recibido reconocimientos nacionales e internacionales. Es fundadora y directora de la Escuela de Escritores Sogem Guadalajara y presidenta emérita del Centro Guadalajara del PEN Internacional.

Los Contemporáneos fueron una verdadera generación, en el sentido en que este término se acostumbra utilizar: edades semejantes, formación homogénea, integración en torno a una publicación literaria, exclusivismo surgido de una actitud intransigente ante la poesía y los poetas de su misma generación, admiración común por determinados escritores y corrientes literarias. Pero hay, sobre todo, una característica que cierra más aún el círculo en que están históricamente colocados: la poesía de cada uno tiene momentos en que puede ser la de otro; es asombroso cómo existen versos, temas, imágenes que, si bien no son idénticos a otros, tienen ritmos, palabras, evocaciones que los hacen semejantes. Un juego de espejos, de reflejos, es permanente en la producción poética de los Contemporáneos.

Yo agregaría que los Contemporáneos son un producto urbano, que no podía haberse dado más que en la capital, donde existían condiciones favorables para ello: desde mentores, como José Vasconcelos y López Velarde, hasta mecenas como Antonieta Rivas Mercado. Sin embargo, los jaliscienses alcanzamos a colarnos gracias al doctor Elías Nandino, uno de los muchos provincianos que emigraron a la

gran ciudad. Recordemos de esa misma época a las hermanas Marín (Lupe y Carmen) y a Juan Soriano, por mencionar sólo a algunos jaliscienses.

El doctor iba con el siglo, nació en 1900. Yo lo conocí cuando tenía 80 años y, salvo su sordera, todavía estaba muy bien físicamente. Recuerdo que el doctor siempre decía que había formado parte de los Contemporáneos y hablaba especialmente de Villaurrutia, con quién se identificaba: Nandino también escribió Sonetos y Nocturnos; también sintió siempre nostalgia por la muerte, aunque a pesar de invocarla, ésta le hizo la jugada de llegar hasta los 94 años, dejándolo como sobreviviente de todos los Contemporáneos. Pero también recuerdo que casi nunca se mencionaba al doctor cuando se hablaba de ellos, por considerársele menor. Incluso, él no figura en la antología que acabo de mencionar. Era pues, el menos Contemporáneo de los Contemporáneos. No obstante, con motivo del centenario de su natalicio, el 19 de abril de 2000, se le recordó en todos los diarios del país, dedicándole las primeras planas de las secciones culturales y relacionándolo con el grupo. Me parece un fenómeno digno de tomar en cuenta, porque indica que su figura siguió creciendo después de su muerte.

Mi teoría es que el doctor se dedicó más a su profesión que a las relaciones públicas. Decía que la medicina era su esposa y la poesía su amante. La esposa le salió celosa y, mientras vivió con ella, le dio a la amante el tiempo que le sobraba. Por eso los jaliscienses no podemos presumir de que nuestro paisano sea un verdadero Contemporáneo, pero sí de que fue un verdadero médico, generoso y humano, que a los 80 años regresó a Guadalajara, fundó un taller de poesía, que lleva su nombre, donde formó a varios poetas (Jorge Esquinca entre otros) y dirigió la segunda época de la revista Estaciones, funda-

da también por él; además nos dejó unos poemas memorables.

El doctor siempre fue un caballero conmigo, sin dejar de ser enérgico. Cuando le pedí consejo sobre mi vocación lo primero que me dijo fue: “La literatura no es un juego, es una pasión”, lo cual coincide con su declaración de que la poesía era su amante. Con ello define su postura. Es decir, escribir era algo excitante y clandestino para él, que era médico antes que nada. De ahí en adelante sostuvimos una amistad que duró hasta su muerte.

Este es el único poeta que conocí de los llamados Contemporáneos, a los demás: Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Gilberto Owen, Jorge Cuesta, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia, los he conocido a través de su obra y, principalmente, a través de las fabulosas entrevistas de Emmanuel Carballo, donde está dicho todo sobre ellos, por ellos mismos. Si atendemos por ejemplo a lo que Octavio Barreda dice en *Protagonistas de la Literatura Mexicana*, sobre los Contemporáneos, nos queda la impresión del lugar que ocupaba cada uno dentro del grupo.

En cuanto a ideas, me parece que no existe un común denominador en el grupo, pues había hombres de palabras, como Pellicer; de sentimientos, como Nandino y de ideas, como Torres Bodet. Eran tan diferentes entre sí como sus actitudes ante la vida. El primero era un poeta católico, de espíritu franciscano, que hacía nacimientos en cada Navidad y que nunca envejeció. Pellicer escalaba montañas, nadaba el Usumacinta y exploraba bosques hasta poco antes de su muerte, que se debió a un tumor provocado por amebas. Roberto Amorós dijo que Pellicer era el más grande poeta de amor de la lengua española, que su poesía, era el dictado más íntimo de su corazón. Pero Pellicer no aceptaba elogios, la

idea que tenía de sí mismo se refleja en la siguiente confesión, hecha a Carballo. Dice:

Se me ocurre hablarle de las diferencias que existen entre poética y poemática. Ésta es la manera, el modo y la moda de meterse con el idioma. La poética es la impulsión misteriosa que nos permite realizar el poema. Yo me he quedado en el paraíso poemático, tan lleno de frutas y tan escaso de frutos.

Nandino fue un médico eminente, que tuvo por pacientes a los mismos Contemporáneos y otros escritores como Juan José Arreola, pero también a Tongolele y otras artistas de la época. Hay anécdotas muy sabrosas sobre esto. En cambio, Torres Bodet fue un funcionario público desde muy joven, y quizá el más inteligente de todos. De él me gustaría reproducir dos conceptos fundamentales, extraídos del libro de Carballo: uno sobre la función del poeta, y otro sobre el valor de la obra literaria. De la primera dice:

En mis libros, Fronteras y Tregua, se reúnen los poemas que interpretan de manera más fiel mi concepción de la poesía. Es decir: mi concepción de la vida. Porque no entiendo (ni he entendido jamás) una poesía que no sea mensaje vital, expresión concreta del hombre que, al escribirla, siente que cumple, hasta donde se lo permiten sus aptitudes, su oficio de hombre.

Sobre la segunda dice:

El crítico debe interrogarse siempre acerca de cuáles son los bienes espirituales que le ha deparado el conocimiento de la obra de un escritor. ¿Ha robustecido su fe en la vida? ¿Ha ampliado los horizontes de su sensibilidad y talento? ¿Le ha inspirado mayor piedad por cuanto concierne a la condición humana? Si las respuestas a esas preguntas son favorables, se trata, sin duda, de un noble artista.

De los demás Contemporáneos diré que Gorostiza me parece enigmático, tenía fama de reservado, lo que no impide que sea el autor del poema

más importante de nuestra literatura: “Muerte sin fin”. Villaurrutia y Cuesta son poetas brillantes y seres atormentados; Novo es genial. Citaré algunos comentarios suyos acerca de sus compañeros de grupo. Dice: “Villaurrutia fue un geómetra, Cuesta un químico”. “Xavier representa la síntesis. Auscultaba, consultaba, escuchaba, conjugaba y resumía todo en una frase certera, en un epigrama”. “Cuesta era un muchacho genial, desequilibrado, o dueño de un equilibrio tan propio, que hacía perder el de su auditorio”. “Jaime no ha tenido vida, ha tenido desde pequeño biografía”. Y finalmente, sus conceptos sobre el arte y la finalidad de la literatura: “El arte aísla y desnuda, se queda uno solo en el mundo”. “El artista es un creador de cosas bellas que no repara en resultados... no tiende sino a expresarse sinceramente para volver a hallar su emoción cuando se relea o para inculcarla a los otros, pura, inútil...”

Es poco lo que yo podría aumentar a lo que ya sabemos: Los Contemporáneos creían en la literatura por la literatura. Reaccionaron contra la Revolución y el nacionalismo en las Letras, sinónimos de violencia y vulgaridad, con un cosmopolitismo y un refinamiento en su obra, que los convirtió, a mi ver, en ultra revolucionarios, por oponerse, en su momento, a estas dos grandes tendencias. Ellos renovaron las letras mexicanas y colaboraron en la reconstrucción del país, maltratado por la revolución. Su influencia llega hasta nuestros días en Jorge Volpi, Ignacio Padilla, su grupo del Crack y este renacimiento del interés por su vida y obra.



La felicidad ¿existe?

Antonio Fuente Ruiz¹

Mucho se ha escrito sobre la felicidad: pensadores, filósofos, literatos, profetas y un sinnúmero de predicadores han hecho suyo el tema. Las religiones, por ejemplo, establecen que si sigues sus postulados serás feliz; en mi opinión hay multitud de maneras de serlo. Ya los sumerios, 3 000 años antes de Cristo, en sus tablas de barro, establecieron unas pautas para llegar a su nirvana.

Lo cierto es que el hombre está aquí para ser feliz, que no significa ser hedonista, porque hay muchas personas que piensan que la felicidad es diversión y disfrute, pero yo opino que no es así, la felicidad es encontrar un sentido a la vida: familia, profesión, una religión, etcétera.

¹ Antonio Fuente Ruiz, Licenciado en Ciencias de la Información. Dramaturgo; publicación de obras como: Saludos...; Bailar es felicidad; y Luces y sombras.

Indudablemente, hay sucesos de la vida que podrían limitar esa felicidad, tales como una enfermedad grave, la muerte de un ser querido, etcétera. Pero, también está limitada la felicidad humana por la situación económica del individuo; es decir si una persona, o una pluralidad de personas están en situación de extrema pobreza, difícilmente serán felices. Aquí surge una disyuntiva, quizá esa persona o personas, a pesar de su pobreza son felices, por ejemplo, llevando una vida piadosa, y no le dan importancia a la carencia de medios económicos extremos.

Por todo ello, nos surge una reflexión, la felicidad es un estado, es un estar aquí y ahora, es un disfrutar de lo cotidiano o de lo extraordinario, de lo banal o de lo fundamental, de lo etéreo o de lo tangible, cualquiera de estas situaciones nos puede hacer felices.

Mientras Agonizas: memorias de Martha Cerde¹

Diana P. Valencia²

Mientras Agonizas (2021) es quizá una de las obras más personales y entrañables de la escritora tapatía Martha Cerda. Está inspirada en la imagen de su padre, quien falleció el 19 de enero

1 Una versión preliminar de este ensayo se presentó en el Seminario de Cultura Mexicana, Corresponsalía, Guadalajara, Jal., el jueves 15 de abril, 2021.

2 Diana P. Valencia es doctora en Letras Hispánicas por la Universidad de Nueva York en Stony Brook, se desempeña actualmente como catedrática y directora del del Departamento de Cultura, Artes y Lenguas de la University of Saint Joseph, Connecticut. Su libro Octavio Paz, una mirada al nuevo milenio. Ensayos en torno a la modernidad, publicado por el Gobierno del Estado de México, (2010), obtuvo la mención honorífica del Premio Nacional Bellas Artes de Ensayo Literario José Revueltas 2009. Su ensayo, “La literatura de mujeres en Jalisco: Martha Cerda” formó parte del libro en De la Catedral al Rascacielos (Nueva York: ALDEU), galardonado como el mejor libro de ensayos en Chicago, Illinois. Presentó al poeta José Emilio Pacheco en la FIL Guadalajara 2010, como parte del festival “Liberar la Palabra” del PEN Club. Ha participado en numerosos congresos internacionales en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos. Le interesa la poesía latinoamericana y ha escrito artículos sobre los poetas chilenos Enrique Lihn, Oscar Hang y Pedro Lastra. Ha investigado también la obra de autoras mexicanas contemporáneas, entre ellas, Elena Poniatowska. En el año 2019 fue invitada a París por la directora de la Fundación Cultural que lleva su nombre, Rocío Durán-Barba, para participar como investigadora en la presentación del poemario bilingüe español-francés, Resistir: Antología de Poesía de Latinoamericana 2020. A partir de la ampliación de aquellas notas desarrolló la ponencia: “Voces de resistencia en Resistir: Antología de poesía latinoamericana 2020” que se presentó en forma virtual en el XXVII Congreso Internacional de Literatura Hispánica celebrado el 5 de marzo del 2021.



de 2021, 15 días antes de cumplir cien años de vida. Pocas personas gozan del privilegio de una existencia longeva, fecunda, y exitosa, como la suya. Descanse en Paz, don Jorge Cerda Coronado (1921-2021).

La primera vez que tuve entre en mis manos Mientras agonizas capturaron inmediatamente mi atención su “título” y su “dedicatoria”. El primero, procede, como comenta la autora en el prólogo, de una reconocida novela de William Faulkner, Mientras agonizo, pero ahora, en segunda persona: Mientras agonizas. La voz narrativa se dirige a un tú (Don Jorge Cerda), destinatario silente o evocado del relato y, simultáneamente, el espejo en el cual se mira mientras escribe el “yo” (Martha Cerda). Por refracción, los lectores nos convertimos en testigos o espectadores que “entre bambalinas”, escuchamos mientras leemos esta historia íntima y personal. Dicha peculiaridad especular, entre otros procedimientos postmodernos posibilitan la lectura del libro como un monólogo de conciencia, un diario íntimo o una carta al padre, como señala, con tino, Bernardo Ruiz en la contracubierta.

El padre representa en *Mientras agonizas* la figura totémica, la piedra angular de resistencia así como el sustento emocional y material en torno al cual se desenvuelve la historia de la familia Cerda González. Paralelamente al relato personal se desenvuelve el discurso colectivo de la Historia, con mayúscula, de una época convulsa escrita en el devenir de los siglos XX, y lo que va del XXI.

La dedicatoria contiene una frase de despedida: “Adiós papá”. Un susurro breve y tajante, evocador del laconismo de Juan Rulfo. Me hizo estremecer ante la inevitable separación definitiva que hemos, o habremos de enfrentar, el día de la muerte de nuestro padre y de nuestra madre, los vínculos que nos unen a la tierra. Este arraigo a los orígenes y a la patria chica son especialmente sólidos en la mayoría de los jaliscienses e invitan a visitar al escritor que ha inmortalizado el alma de Jalisco, Juan Rulfo, en aquella frase indeleble del *Llano en Llamas* en “¡Diles que no me maten!”: “Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta”.

El poeta Elías Nandino, expresó muy bien este amor a Cocula, su suelo natal en: “Nostalgia de la tierra”, poema escrito con motivo del homenaje que la SOGEM Guadalajara le brindó al cumplir 90 años de vida. Los versos y su historia se incluye en *Mientras Agonizas*. (85-87). Compartiré un fragmento:

Soy tuyo madre tierra:
Me invade el parentesco
Inevitable y hondo
De tu ritmo en mi sangre,
Porque pese a mi miedo, a mi apego a la vida,
Hay algo en mis adentros
Que espera y desespera
Por regresar a ti (86)

La dualidad del poema entre el sentimiento de pertenencia y el de separación, de aceptación y temor, de vida y muerte se advierten también en *Mientras agonizas*, estructuran la tensión textual en las relaciones familiares y sociales que se plasman en el libro, un relato de madurez de la autora. En él convergen técnicas y procedimientos estilísticos característicos del estilo de Martha Cerda cuya producción literaria ha venido consolidándose, a paso firme y vertiginoso, a lo largo de una fructífera carrera. Se inició en 1988 con *Juegos de Damas*, premiado como la mejor colección de cuentos de ese año y sucesivamente, *La señora Rodríguez* y otros mundos, (1990) Y apenas era miércoles (1993), textos que conforman la fundación y primera etapa de su obra. Sin embargo, más tarde, a partir de *Caída libre* de 2011, aunada a *Mientras agonizas* marcan la consolidación literaria de Martha Cerda quien se detiene para realizar un inventario y un balance de su vida y su creación desde los orígenes hasta el presente de la escritura.

En el capítulo *Preámbulo de Mientras agonizas*, la autora se autoficcionaliza y narra desde el vientre materno los sucesos exteriores a ella. En este caso, la felicidad de sus padres, unos jóvenes enamorados, mientras que en Europa se viven los últimos días de la segunda Guerra Mundial. Los nueve meses de gestación transcurren vertiginosamente, desde marzo hasta noviembre y culminan el día 11 de noviembre, a las once de la noche, en la habitación número 11, del Sanatorio de la Beata Margarita. Nació Martha, como la hija primogénita de Isabel González y Jorge Cerda a quienes les agradece haberle dado la vida. Y a partir de este hecho fundamental comienzan sus memorias.

La organización textual evoca las figuras de las *Matrioshkas*, piezas de artesanía icónicas de Rusia. Mujeres y madres que desde 5 hasta 30 se sobrepo-

nen, una tras otra, ocultándose una en la siguiente para formar un todo compacto y a la vez fragmentario. Estas madres de madera resultan una metáfora de la interpolación discursiva de *Mientras Agonizas*. El libro es una unidad entretejida en torno al juego de tiempo y espacio que sucede a capricho de la memoria, desde 1945 hasta 2021. Los sucesos se narran en una secuencia ordenada cronológicamente y, simultáneamente, de repente, saltan en el tiempo y el espacio a la manera de una Rayuela cortasiana. Martha Cerda organiza la historia en contrapunto, como mencionábamos ya. Lo hace en torno a dos frases que aglutinan los sucesos: “A lo cerca”, lo que sucede en Guadalajara al momento de la escritura y, “A lo lejos” la mirada distanciada de los hechos históricos que enmarcan las memorias personales. Se aprovechan otros metatextos como cartas, tarjetas y breves explicaciones intercaladas acotando el origen de los nombres de calles y lugares, como la avenida Pedro Moreno y La Casa Loyola. Son ecos que ahondan en el significado de los espacios representativos de la antigua ciudad provincial de Guadalajara que, indirectamente, es otro personaje de este relato y que va desarrollándose hasta llegar a ser la gran ciudad sofisticada y contrastante de hoy en día: de los lonches bañados del Santuario al corredor de restaurantes de la Plaza Andares. El texto incluye un álbum de fotografías familiares: Martha a los dos años, en el colegio, en el Día de su primera comunión y su padre aún niño en la portada, la pareja de Isabel y Jorge elegantes y jóvenes, los abuelos paternos y maternos, las tías, sus casas y otra serie de fotografías que corroboran la vida profesional de la autora que también es parte de la historia. Por cierto, en una de ellas aparezco muy joven cuando aún estudiante de doctorado en la Universidad de Stony Brook en Long Island, vine entusiasmada un verano a impartir un curso en la SOGEM acerca de

las Escritoras Españolas Contemporáneas y la teoría literaria feminista que estaba estudiando en aquel momento en mi programa de doctorado

Y doy saltos en el relato, regreso a un momento en el cual convergen mi historia personal y la de Martha Cerda. En el año de 1988, cuatro años después del fallecimiento de su querida Madre, uno de los capítulos más conmovedores de estas Memorias, Martha Cerda fundó la SOGEM, la primera escuela de Escritores Independientes de Jalisco, que he venido mencionando. En ella se han formado cientos de estimables escritores cuyas obras han sido premiadas y publicadas. También en 1988 Martha Cerda publicó su primer libro, *Juegos de Damas*, ya mencionado que significa un parteaguas en su vida, la suya fue una vocación tardía. En ese año conocí a Martha Cerda, gracias a un querido amigo común, el Dr. Mario Martín Flores quien nos puso en contacto. Es curioso que primero la conocí por sus manuscritos y por sus libros. La coincidencia del destino ha hecho que nuestras carreras tardías se desarrollen paralelamente y nuestra amistad profundice.

Deseo terminar invitándolos a leer *Mientras agonizas*, una obra amena y ágil en la cual estoy segura que descubrirán puntos de convergencia o divergencia con este relato. El libro es también un modelo y un ejemplo para apreciar que toda vida merece ser narrada. La regla en unas memorias, me ha dicho Martha Cerda, es ser auténtico. Yo añadiría: y perder el miedo a desgarrarse las vestiduras para mostrar el alma y también las entrañas, como se hace en *Mientras agonizas*, un relato valiente y sincero.

Referencias bibliográficas

Mientras agonizas: Memorias, Martha Cerda, La Zonámbula y Semiarario de Cultura Mexicana, Corresponsalía Guadalajara, Jal., México, 2020.

Nos han enseñado mal la historia¹

Laura Castro Golarte²

La historia no es otra cosa que una constante interrogación a los tiempos pasados en nombre de los problemas y curiosidades —e incluso las inquietudes y las angustias— del presente que nos rodea y nos asedia.

Fernand Braudel

I

Nos dicen flojos, transas y corruptos, ignorantes y acomplejados, que siempre estamos deseando ser como otros, tener una nacionalidad distinta, pertenecer a otro país. Nos han dicho que nuestra historia está plagada de traiciones y que las élites en el poder a lo largo de la historia sólo han querido eso: poder y dinero. Es tentador y hoy es cierto, pero no siempre ha sido así.

Nos han enseñado mal la historia.

Con vara en mano nos han inculcado el odio contra nosotros y contra los otros. Hemos aprendido a odiar. Y cuando estas ideas ficticias estaban ya bien arraigadas en la sique, vinieron los intelectuales para decirnos que somos lo peor... Y lo hemos creído. De pronto nos atacan los sentimientos de culpa y hemos ido por la vida y por los siglos cargando remordimientos. Criticándonos y cuestionándonos como pueblo, como sociedad.

1 Este ensayo lo escribí para acreditar una de las materias del Doctorado en Historia que cursé en la Universidad de Guadalajara. Hice algunos ajustes para situarlo en el contexto actual y, dada su extensión, será un publicación por entregas, de la que ésta, es la primera.

2 Laura Castro Golarte es periodista e investigadora.

Deliberadamente nos han ocultado nuestra grandeza, nuestra fuerza, nuestro poder como pueblo creativo, talentoso y trabajador, noble y alegre. Nos han dicho que tenemos el gobierno que merecemos pero no es así; ni los gobernantes son reflejo de la sociedad.

Y nos han dividido. Entre indígenas y españoles, la gran masa de mestizos que somos no se reconcilia con las raíces, con las ramas primeras del gran árbol de la vida bajo cuya sombra somos, crecemos y pertenecemos; ni con los que agregaron genes, apellidos, costumbres, idiosincrasia y lengua.

Nos han enseñado mal la historia.

El sentimiento nacionalista, el espíritu público que nació con fuerza y dio vida a México, fue aplacado pronto, aplastado y desconocido; aunque no en el primer intento. Es tan fuerte que todavía resurge y atemoriza. Entonces vuelve a ser sometido por el desdén y la impotencia; muchas veces ha sido reprimido con violencia. Todavía hace unos pocos años, a fines del siglo XX, vinieron historiadores a decir que no tuvimos conciencia de nación sino hasta muy tarde. Que salvo las élites ilustradas, lo demás eran poblaciones donde campeaba la inconsciencia. Ni sentido de nación, ni percepción de la extensión del territorio, ni orgullo, ni casta.

Nos han enseñado mal la historia.

Nos han contado relatos de héroes y villanos; la historia de una raza de bronce en realidad débil y sumisa y nos han dicho que por eso estamos así, que por eso todas las desgracias actuales las merecemos; que no exigimos lo suficiente; que nos conformamos con una despensa para votar por el peor; y que en esencia somos corruptos y que a las primeras de cambio sale de lo más profundo de nuestro ser, el indio taimado y ladino que todos llevamos dentro. No es así.

Nos han enseñado mal la historia.

Con maestría y paciencia nos han cortado con la misma tijera y todos los mexicanos de todos los tiempos quedamos reducidos a una masa ignorante, pobre, abusiva y abusada; una multitud que busca el “sueño americano”, que se solaza con la música de mal y peor gusto, que no lee y vota por el candidato “más guapo”. No somos así, no todos somos así, ni siquiera la mayoría.

Nos han enseñado mal la historia.

Durante décadas, hasta ahora, se fomentaron y diseñaron planes y programas para una mala educación y de manera deliberada se mantuvieron los programas contra la pobreza no para erradicarla, sino para convertir a millones de mexicanos en carne de urna; todavía hoy en día los monopolios de la televisión ofrecen producciones para la enajenación, la manipulación y la violencia, para fomentar la frustración y llenar este país de wannabes. En 2018 empezaron a cambiar las cosas, pero es tal el rezago que difícilmente en una administración será posible ampliar con creces el margen de maniobra de la sociedad mexicana.

A la clase política le había funcionado enseñarnos mal la historia para actuar a sus anchas, para venerar al dios de la corrupción, honrar las bajas, enorgullecerse por la falta de escrúpulos, por el enriquecimiento ilícito e inexplicable y por los abusos infringidos a una sociedad noble, trabajadora, aguantadora, leal, pacífica, sometida a través de la ignorancia y capaz de perder dignidad y orgullo por llevar de comer a sus hijos.

No siempre fue así. Urge difundir esa parte de orgullo y decencia que priva en el México profundo y que se ha manifestado a lo largo de nuestra historia, con irregularidad, inconstancia y diversidad en las intensidades sí, pero que puede ser el clavo ardiente que nos salve, el punto de reencuentro, recuperación, restitución, reconstrucción y autorreconocimiento

con la carga de identidad que incluye; *volver a los tiempos de cuando la dignidad y el honor eran costumbre*³; aquellas épocas en las que salíamos en defensa del objeto de nuestras lealtades porque creíamos en eso y éramos capaces de dar la vida por la patria, el territorio donde nacieron y crecieron los hijos y sus hijos y sus nietos, generaciones de mexicanos herederos de grandeza, sabiduría, entereza, determinación, talento, creatividad, ciencia, arte, genialidad, filosofía de vida, solidaridad, amor por la naturaleza, respeto por los ancestros...

Nos han enseñado mal la historia deliberadamente. Han entresacado una historia de héroes que siempre nos deja en desventaja, como si ellos fueran dioses y nosotros simples mortales y además pecadores; han omitido lo mejor, los datos que dan cuenta del valor auténtico de este pueblo; y han exaltado lo peor: traiciones, debilidades, pérdidas, omisiones, fracasos, supersticiones, abusos...

Han tergiversado, inventado, manipulado, mentido, usado a la historia, chantajeado con la historia. La han acomodado a su antojo, a conveniencia y la han maquillado para legitimar ilegalidades, para dominar, para justificar la represión y el autoritarismo; para hacernos sentir culpables y menos que otros, siempre.

Es hora de aprender y comprender nuestra historia. De conocerla bien, como es, imperfecta, real y contundente, hasta donde nos alcance el tiempo, la razón y la memoria, sin filtros, ni telones o velos, sin escenografías grandilocuentes ni triunfalistas, sin tergiversaciones ni inventos y ... sin omisiones.

3 Estela Hernández dixit.



Un extraño en la mesa

José Mario Martín¹

¹ José Mario Martín; doctorado en Estudios Hispánicos por la Universidad de California, Irvine, Catedrático de Cultura Mexicana y literatura Hispanoamericana, Departamento de Español y Portugués, de la Universidad Estatal de San Diego (1999-2022). Autor de cinco volúmenes de poesía: *Ámbitos*: Parvulario, *Umbrales* Secretaría de Cultura de Jalisco, (1995), *En el canto de la hoja* Universidad Católica de Salta, Argentina, (1999), *La mirada pródiga/The Giving Gaze*, A Topography of the Border San Diego State University, Gobierno del Estado de Jalisco (2004), *Invocatorias del vuelo* Universidad Católica de Salta, (2004), *Claves de niebla* (primer lugar, premio Internacional Tiflos de Poesía, 2015, Madrid, España). Cuentos sueltos y poemas han aparecido en diarios, revistas literarias y antología.

¿Qué tiene alguien que confesar que valga o que sirva? Lo que nos ha sucedido, o le ha sucedido a todo el mundo o sólo a nosotros; en un caso, no es novedad, y en el otro no es cosa que se comprenda. El libro del desasosiego, Fernando Pessoa

—Entonces, el jueves, A las diez, en el Café Azteca—. Concluyó el Licenciado Salvador Echavarría un humanista, uno de esos pocos sabios que en el mundo han sido. Nuestro catedrático de Teoría literaria. Me impresionaba su erudición ecuménica, atemperada pedagógicamente para seducir nuestros intelectos en ciernes. Nos condujo por Bergson y Jung entre los laberintos de Borges, a Unamuno desde Kierkegaard, a Pessoa desde él mismo. Y desde

sus anécdotas a sus amigos Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Enrique Gómez Carrillo, Juan Rulfo, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, entre muchos otros. Sin embargo, lo que más me impresionaba era que a sus casi ochenta años mantenía una flexibilidad cordial para leer a las nuevas y nuevos escritores. Por lo que le pregunté después de clase: —Licenciado, ¿cómo hace para mantenerse tan atento a valorar lo que se escribe ahora?—. Me respondió parcamente: —algunas revistas especializadas y una mesa de buenos amigos. Dígame, Mario, ¿cuáles son sus dos escritores favoritos, en este momento?—. Sin titubear dije: —Juan José Arreola y Juan Rulfo—. Tamborileó el escritorio mirando por la ventana. —¿Le gustaría conocer a Juan, a Juan Rulfo?—. Debí decir de formas distinta, enfáticamente que sí.

—Entonces, el jueves, a las diez, en el Café Azteca sobre avenida Lafayette, seguramente conoce el lugar. Está en la acera poniente a media cuadra de La Paz.

No sé por qué me invitó, quizá porque mi presencia no podía hacer daño a nadie, ni bien tampoco, o por un generoso afecto hacia un joven de apenas veinte años, con un entusiasmo atrabancado por la literatura, como único capital.

El día se hizo martes, de adrede, y aunque no quisiera, aceptaba que conocer a Rulfo no era un evento cotidiano, se decía que era huraño y severo. ¿Cómo se prepara uno para un encuentro con Rulfo y sus amigos? Terminé de aprender de memoria pasajes de Pedro Páramo, para recitarlos entre las conversaciones, si fuera necesario. Preparé algunas preguntas que no lo irritaran, nada sobre sus influencias literarias. Llevaba para que rebatiera el criterio de Carmen Millán que lo clasificaba como costumbrista, indigenista; pero, probablemente era su amiga, o por caballerosidad, no tomaría el tema y yo quedaría como un vulgar picapleitos de barriada. Durante el miércoles me inquietó no haber ido antes al Café

Azteca a tomar algo para enterarme del arreglo de las mesas, la disposición de la luz, para no hacer mal uso de mi media ceguera, tropezándome entre las sillas, o derramando algo, incomodando la afabilidad de esas reuniones de los jueves. La preocupación me retrasó el sueño y desperté de madrugada. Ahora, me parecía muy tarde, las diez, para el café de la mañana. ¿qué tal que me dijo a las ocho y diez? O ¿diez para las nueve? Desde las siete cuarenta, ya estaba dando vueltas a la manzana y aguzaba el oído al pasar por el establecimiento, ante cualquier animada conversación de aquellos brillantes ingenios. A las diez se detuvo un taxi y bajó con el apoyo del chofer mi maestro Echavarría, los seguí a la mesa habitual, éramos los primeros, me indicó una esquina y contó el resto de las sillas. Era un espacio muy sesentero de mobiliario modernista con sillones forrados de caucho rosado o fucsia. Me presentaron al pintor Alfonso de Lara Gallardo, de quien conocía sus murales en El Calvario, y en El Sagrario inspirados por El romancero de la Vía Dolorosa de Fra Asinello, de quien me proponía elaborar mi tesis. Llegó Carlos Pérez Viscaíno, primo de Rulfo y Secretario General de la universidad donde yo estudiaba. Se sentó a mi lado el periodista y crítico literario León Toral, de quien yo acababa de leer un artículo sobre el poema de Fra Asinello en El Informador, el cual elogí, enfrente estaba el doctor Ignacio Aceves Muñoz director de la Facultad de Psicología. Hablaron de amigos comunes. Mi maestro trataba de incorporarme a una conversación en torno al Romancero... de sus diálogos con San Juan de la Cruz, García Lorca y López Velarde. En eso llegó Rulfo: traje gris, el cigarrillo en los labios, que le enchucaba la sonrisa, saludó afectuoso, de mano a cada uno, con un “¡Quiúbole! ¿Qué tal?” Permaneció de pie, respondiendo preguntas, se dirigió a una mesa contigua, donde tomó varias tazas de café, apaciblemente consumió cigarrillos y el resto

de dos libros que traje bajo el brazo. De cuando en cuando, caminaba hasta los amigos y hacía comentarios veloces a la conversación por momentos intensa. Para el mediodía se empezó a disolver el grupo entre despedidas efusivas.

Esa mañana, Rulfo, (para mí) se retiró sin haber revelado lo importante, lo que lo había traído a esa reunión de viejos amigos y un extraño en la mesa.

Recriminaba mi desatención de no poder recordar ninguna frase memorable de Rulfo.

Acompañé a mi profesor al taxi, me advirtió: — Hoy Juan estuvo lacónico. Venga el próximo jueves.

El siguiente jueves: los mismos contertulios, Juan Rulfo, de traje gris más claro, se sienta a mi derecha, conversan animadamente de novelistas rusos y de música barroca. En una pausa, Rulfo me toca el hombro: — Oyes, ¿tú, de quién eres?

Creía que había oído mal y que la pregunta era — Oye, ¿tú de dónde eres? Resultaría más fácil de responder. Del pueblecito más alto de Los Altos, quizá hubiera agregado un guiño a su novela, de la ladera del Cerro Gordo, hinchado, como una vejiga de puerco. Sería una buena respuesta, creo. Sin embargo, la pregunta era otra, y clara.

Por supuesto que no iba a contestar, soy de mi madre y de mi padre. No encontré ningún ascendiente ilustre en mis árboles genealógicos para decir: soy de los Martín de... o de los Flores de..., detrás de mí había quinientos años de escolaridad que no rebazaba la preparatoria, con la excepción de curas y monjas. Los demás, comerciantes medianamente prósperos. Tuve tiempo de imaginar que estaba dormido, que el sueño se desvanecería con el rostro de Rulfo expectante, pero cuando desperté, Rulfo estaba ahí: — Oyes, ¿Tú de quién eres?

Ante el silencio que agrietó la plática de todos, debí tartamudear algo. Rulfo, con una pluma metá-

lica, dio golpecitos para acompañar la siguiente pregunta: — ¿Dónde están tus muertos?

Pude contestar ágilmente: — Todos de muerte natural, menos mi abuelo, unos en Capilla de Guadalupe y los de mi madre en Jesús María.

Rulfo volvió a remarcar las sílabas, con la pluma, en la mesa: — Entonces, de ahí eres. De ellos eres! Deveras! ¡piénsalo!

Pasaron años y meticulosas lecturas de Rulfo, las últimas como profesor universitario. Creí que había entendido el sentido de su desafío al relacionar el origen de las culturas y su vínculo con sus muertos, hasta que murió mi madre. Es la orfandad lo que nos da pertenencia, no importa el lugar, de donde vengas, a donde la lleves. Cada vez me figuro que somos más con ellos, aunque unos se queden en el hueco entre uno y yo, y entre el otro mismo y lo propio.

En un libro de pintores renacentistas, que adquirí de promoción en unos supermercados tapatíos, se me quedó tiesa el alma, cuando al dar vuelta a la página estaba la Visión de Toledo de El Greco, a la luz de un relámpago. Supe que esa ciudad era yo, despertada a mis cuarenta, en alarma por el estallido de luz de un rayo, que desde entonces, no cesa. Me vi en orfandad a la mitad de la noche desierta. “De ellos eres”. Voy y vengo con esta ciudad dormida dentro, en busca de algún lugar que sirva para vivir. Con la fisura en llamas del rayo advertí que la primera manifestación humana del arte (dólmenes, vasijas, pinturas rupestres) fueron urgencia de decir la muerte. En cada camposanto se entierran historias, son los mil caminos a la inmortalidad reducidos a una vida que cabe en un guión entre dos fechas y temporales de polvo. Con los años nos volvemos, sin quererlo, residencia de ausentes, de la inviolabilidad del polvo y sus despojos. Nos sentamos a la lumbre de una comida bien conversada, escuchar una sonata de Debusi, una balada de Donovan o la lluvia con

un pueblo de muertos dentro. ¡De ahí eres! Quizá algún día nos mudarán a alguien, sin que acabe de apagarse el rayo en que fuimos. Sin esperarlo, debí llorar en silencio como Toledo, después del rayo, que me hizo añicos con la noche cómplice donde nada parecía. Me queda la certeza, de que mientras nuestro cuadro sea roto por esa luz a deshora, habrá ciudad para descubrirnos noche oscura, y bajo ella, la ilusión tan cara, en los puros huesos.

Mi último encuentro con Rulfo fue unos cinco años más tarde, en 1982, cuando yo ya era profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la U. A. G., el doctor Silviano Hernández de Educación Continua, me pidió un proyecto de visitantes distinguidos, propuse traer a Juan Rulfo, gracias a su primo Carlos Pérez Viscaino se consiguió que preparara una charla sobre la novela mexicana contemporánea. Según documenta mi maestro de taller Juan Antonio Ascencio (gran amigo de Rulfo) en *Un extraño en la tierra*, que esa charla fue una de las dos que Rulfo ofreció en claustros universitarios mexicanos. ¡Qué privilegio! La conferencia fue entretendida sobre el dibujo de *Cien años de novela* de Mariano Azuela y otros críticos como Francisco Monterde, Antonio Alatorre, entre otros. Creo que a propósito se detuvo antes del medio siglo. Entre las preguntas provocadoras del público, mostró displicencia por *La Onda*, y finalmente alguien apoyado en *Aproximaciones* y reintegros a la obra de Juan Rulfo, consiguió incomodar a Juan Rulfo, cuando le pidieron que aclarara sus deudas con Faulkner. Él las negó, aseguró que no leía inglés en los cuarenta, que cuando Faulkner se tradujo al español, él ya tenía escrito sus dos libros. El replicante agregó que hay coincidencias ineludibles entre Benji de *El sonido y la furia* y su cuento “Macario”. Rulfo en una ingeniosa salida aclaró: “Ese cuento Macario, que dices, no me acuerdo haberlo

escrito. No creo que sea mío”. Aprovechó la risa de los asistentes para añadir: “El verdadero realismo mágico no viene de Faulkner, ni de García Márquez, es una experiencia vital en el sincretismo de las culturas marginales brasileñas, eso ya estaba escrito por Joao Guimaraes Rosa”.

Me permitió hacerle una entrevista breve, cuya grabación extravió el reportero de Ocho columnas, no lo culpo, fue una grabadora y un casete prestados. En sus respuestas no quiso aventurar juicios personales sobre las perspectivas de la novela mexicana de los sesenta y setenta, se respaldó en críticos para mantenerse neutral, poco entusiasta.

Si todo se ha diluido entre los años, al menos conservo la evidencia de ese día con *El gallo de oro* dedicado a José Mario Martínez.

Guardo una estampa Rulfiana, que no he encontrado referida en sus biografías, creo que me fue contada por mi amigo Ernesto Flores. Temo adulterar la memoria y la rigurosa pulcritud poética con que contaba Ernesto sus anécdotas. —Mira, lo que oí, me lo debió relatar alguno de los amigos de Juan que se reunían a media tarde en el Café Nápoles de la calle González Martínez (antes Parroquia) a intercambiar lectura y libros. Quince minutos antes de las cinco pasaba una jovencita con una bolsa de pan dulce recién horneado, mordía la misma pieza de pan al pasar por el frente del Nápoles. Juan estaba más que intrigado por verificar que sucediera esa misma viñeta del pan de cada día, y luego por conocer a la bella chica de cabellera recogida impecablemente. Una tarde no repitió, tengo que conocerla, bajó la grada y unos pasos adelante la abordó: —¿Me permite que la acompañe? Ella debió mirarlo de reojo. —Si no habla. (Caminaron). La escena se repitió otros días, hasta el umbral de la casa de la jovencita de voz Clara.

“Juan debió tener unos veintiséis años, y ya debía ser suyo el magisterio de las pausas, las reticencias y el silencio. Llegaba al Nápoles con la luciérnaga de la curiosidad en los ojos, se convertía todo en ansiedad mirada y manos al acercarse el cuarto para las cinco en el reloj Elgin de pared del Nápoles. Los dos se saludaron con una mirada breve y se repitió la pregunta: —¿Me permite acompañarla? Y quizá la misma respuesta condicionante: —Si no habla. (Caminaron). Al llegar a la casa la joven consumía por completo el pan dulce y se limpiaba la boca con un pañuelo que debió llevar en la correa del reloj pulsera. Al cabo de unos meses, digamos, Juan le pidió con la mirada que esperara un poco: —¿Aceptaría ser mi novia?—. Ella lo encaró: —Ahora sí. (pausa) ¡hablemos!”

Es posible que estas instantáneas sean parte de la mitología que se ha venido adjudicando y seguirá, revistiendo la personalidad de Juan Rulfo. Que por otra parte, no era tan ajena a esa economía verbal entre extraños, de los tapatíos de entonces, pero que en la privacidad ejercitaban, como oficio artesanal, la conversación. Esa ciudad letrada de la cual hizo Agustín Yáñez una cuidadosa cartografía en Guadalajara, genio y figura, que se convocaba a leer y platicar en la placidez del salón familiar, o a la mesa de: Adalberto Navarro Sánchez, Arturo Rivas Sainz, Salvador Echavarría, José Cornejo Franco, en la librería del señor Font, o en la oficina del edificio Lutecia que rentaba Juan Rulfo, en la plazoleta de las sombrillas. Vivir no está tan mal, de vez en cuando jode darte cuenta que estás vivo, de otro modo. Leer está mejor. Si tienes amigos para desvivir, desde las orillas contrapuestas de una mesa, para cuando ocurran los relámpagos espirituales de las horas muertas, o para provocar un poco de lluvia sobre la ciudad que duerme íntima. Es que de ahí eres.

En su novela, Juan Preciado vino por sus muertos, de ellos era, sin embargo, se habían muerto muchas veces antes de no tener remedio. Primero murieron a la esperanza y al perdón que les negó el padre Rentería, cerrada la Comala celestial, les quedó la ilusión del mundo y del cuerpo en manos de don Pedro, la ilusión. Eso, cuesta caro . Y fueron muriendo a la cara ilusión, entre el abandono, el despojo, la culpa el remordimiento y la desesperación. Don Pedro pasó de la venganza al rencor vivo y desposeyó de todo bien a la Comala que era de él, todo el terrenal. Como un antiprometeo, convirtió en paisaje yermo, lo que fue vida bucólica, en la Comala antigua. No quedó sino Susana San Juan, el posible bautismo de gracia del amor, pero ya sin deseos, sin voluntad, así, sus aguas enfermas no podían hacer el milagro del barro nuevo, porque el corazón del cacique era un páramo de piedras, no sólo infértil, sino muerto, sólo le faltaba cruzarse de brazos y que todo se muriera con su rencor. De ese México somos, cíclicamente movido por la venganza y no por la justicia, por la voluntad omnímoda, personalísima del tlatuani/del caudillismo/del presidencialismo, que nos destituyó de la esperanza cardinal, de la fe en las leyes y las instituciones, nos privó del sueño de la prosperidad, de la ilusión de la modernidad, y hasta de la memoria de un pasado en común acuerdo y en la simple abundancia. ¿Dónde están tus muertos? Vinimos a Comala porque nos dijo un tal Juan Rulfo que aquí vivía nuestra alma nacional condenada a muerte por el narcisismo siempre devastador de un tal Pedro Páramo, y de otro, y de otro, y de otros más. Porque está dicho ...todos somos hijos de Pedro Páramo, hasta que no decidamos otra cosa, mientras tanto: ¡de ellos somos!



COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
CÁIDA LIBRE
LITERARIOS



Arnulfo Velasco, un lector perspicaz

Silvia Quezada¹

L. Lo conocí en 1987, en la exFacultad de Filosofía y Letras. Por aquellos días, me había deslumbrado ya la cátedra de Adalberto Navarro Sánchez. Era cuarto semestre y la programación anunciaba a un grupo de profesores jóvenes, maestros interesados en los teóricos franceses, en la crítica literaria,

¹ Silvia Quezada es Doctora en Humanidades y Artes, miembro del Sistema Nacional de Investigadores en los últimos diez años. Vicepresidenta de la Corresponsalía Guadalajara del Seminario de Cultura Mexicana y consocia de la Sociedad de Geografía y Estadística. Trabaja en el Departamento de Letras y en el Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de Guadalajara. Es miembro del PEN Internacional. Su línea de investigación es la literatura mexicana.

en la revitalización de la literatura mexicana. En la primera clase abordó un libro de cuentos: *El viento distante*, de José Emilio Pacheco, y en particular, un relato brevísimo, de una página, “Jericó”, que fotocopiados de inmediato.

La práctica del fotocopiado de textos en la clase inaugural era frecuente. Algunos compañeros, sobre todo los procedentes de otras carreras ya terminadas, se las ingeniaban para obtener el programa del curso con anticipación, para presentarse con los libros nuevos en clase y mostrar de esa manera, su superioridad económica. La mayoría leía en hojas fotocopiadas. Nuestro grupo era obsesivamente lector, exigente con los titulares de las materias y muy participativo.

El maestro Velasco ingresó al aula con cierta timidez. Iba vestido con pulcritud, con una camisa blanca y pantalones grises. Detrás de las bolsas de la camisa y los pantalones podía advertirse un cúmulo

de papeles doblados con minuciosidad, los cuales se abultaban indiscretos tras de las telas. La cátedra inició con el análisis del título del cuento, el cual fue escrito en la pizarra, junto con el del teórico desde el que revisaríamos el texto narrativo: Gérard Genette.

La primera idea surgió de una pregunta: ¿A qué les remite la palabra Jericó? Se habló de la ciudad palestina situada muy cerca de Jerusalem, de la presencia bíblica de ese lugar, nombrado setenta veces en el libro sagrado. Las respuestas se completaron con la voz del profesor: El título es nominativo, simbólico de la ciudad más antigua del mundo, el lugar al que pertenece el monte donde Jesús estuvo cuarenta días resistiendo las tentaciones del demonio. Leamos el relato y veamos quién es el protagonista.

Mientras una de mis compañeras leía, yo trazaba una imagen en la esquina superior de mi cuaderno de apuntes, la bandera blanca de Israel, con dos franjas azules horizontales y dos triángulos invertidos al centro, representando el escudo de David. El maestro, quien no tomó asiento durante la sesión, se aproximó natural a mirar mi página. Recuerdo cerré la libreta de golpe, pero alcancé a escuchar su tono bajo al decirme: muy bien. Para justificarme, al término de la lectura, aventuré: H, el protagonista, podría ser el hidrógeno de la Bomba H.

Esa tarde aprendimos que los títulos de los textos literarios orientan el discurso predominante de un escrito, evocan el asunto principal por tratarse, aunque aparezcan otros espacios, otras temporalidades. En “Jericó”, H camina por el bosque y al encontrar un claro, se tiende a fumar un cigarrillo. Descubre una caravana de hormigas las cuales transportan los restos de una araña, mientras otras acopian arena para levantar una muralla como resguardo de la carga. H, de modo absurdo, decide

destruir el hormiguero, como inadmisible fue la decisión del apocalipsis atómico. La H también podría ser el Hombre.

Desde aquella tarde de finales del verano dejé de ser una lectora ingenua. Aprendí que la literatura nos coloca frente a situaciones en apariencia ficticias que denuncian la condición humana. No se trata ya de convertirse en un escritor de denuncia, pero sí, de escribir una narrativa de corte social, que nos haga pensar, ser mejores personas, tomar decisiones adecuadas. Repensar nuestro lugar en el mundo. Las palabras hay que usarlas para hacer valer nuestras posturas ante la realidad.

II. No volví a ser discípula de Arnulfo Velasco. Me llegó la noticia de su doctorado en la Universidad de Montpellier cinco años después de ser mi maestro. Alguna vez leí su blog, sus artículos de cine y pintura, me interesaron sus estudios sobre el cuerpo y sus significados. Lo volví a encontrar en SOGEM Guadalajara, hace pocos años, admirado por sus nuevos estudiantes, y más tarde, elegido como presidente del PEN Guadalajara.

Arnulfo Eduardo Velasco es un profesor para todas las generaciones, sus conocimientos en torno al cómic, al arte, la literatura y el cine así lo constatan.



IMAGE: STEPHANY BOEHLLEIN

Stephany Boehlein

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
POESÍA
LITERARIOS

El final de nuestro tiempo

Laura Hernández Muñoz¹

La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos/ todos los templos santos de los dioses / y estaban de cadáveres sembrados. / Todos los edificios de deidades/ los hicieron posadas de finados / importaba poco / la religión ya entonces y los dioses/ porque el dolor presente era excesivo./ Y se olvidó este pueblo en sus entierros/ de aquellas ceremonias tan antiguas/ que en sacros funerarios se observaban.

Tito Lucrecio Caro

Invisible presagio llegó del oriente,
jinete apocalíptico cabalgando en el viento
filtra su mortal presencia por los sentidos.
El tacto y olfato, inocentes portadores
introducen, cual caballo de Troya, al enemigo.

El ser humano perplejo se atrinchera,
el espacio exterior, es territorio enemigo.
Los libros, la música y videos,
se vuelven compañeros.
Son la única puerta para escapar del encierro.

¹ Laura Hernández Muñoz. México. Poeta, historiadora, ensayista, dramaturga y narradora. Ha publicado 22 libros entre los que destacan los poemarios: Navegantes y syrenas.com, Fénix, Donde la nostalgia inventa los recuerdos, y Adviento, (traducido al francés). Novelas: Cristeros, y La visitante de los espejos. Su obra ha sido publicada en numerosas revistas y antologías internacionales. Medalla de oro en el certamen de poesía Mahatma Ghandi, en Chennai India. Su obra poética ha sido traducida al inglés, italiano, francés, japonés, farsi, griego, rumano, polaco, eslovaco y árabe.

Tucídides, Boccaccio, Defoe,
Poe, Mann y Camus,
son leídos con morbosa intención:
encontrar en la historia de otras plagas
los exterminios sufridos por la humanidad.

¿Será posible que un virus nos ponga de rodillas?

La invisibilidad es su fortaleza,
el desconocimiento, nuestra debilidad.
Mascarillas, caretas, trajes, guantes,
astronautas en tierra yendo a trabajar.

El contagio, asesino silencioso
penetra por las puertas del cuerpo.
En pocos días asesta el golpe:
dolor de cabeza, fiebre y asfixia.
Los pulmones se inflaman, respirar cuesta,
la tos seca hiere a la garganta.

El olfato y el gusto son secuestrados,
un cansancio sin saber de dónde viene
paraliza al cuerpo deprimido.
Rojo color pinta a los ojos
que lloran lágrimas ardientes,
y palidecen los dedos de pies y manos
figurando la presencia de la muerte.

La voz de Edipo se escucha:
¡Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos
está despoblada la morada Cadmea,
mientras el negro Hades se enriquece
entre suspiros y lamentos!

Siglo V, siglo XXI, nada cambia.

La raza humana desvalida y frágil
mira por las ventanas buscando esperanza

el tiempo de encierro se alarga,
la libertad solo será un recuerdo
de cuando podíamos salir a todas partes,
saludar con besos y abrazos,
viajar sin restricciones ni cuidados.

Ante la pandemia que vivimos
nos atrevemos a preguntar:
¿de dónde salió este virus
que tanto daño nos causa?

La respuesta se esconde
tras las paredes de laboratorios
donde la ambición de poder
ha convertido a la humanidad
en conejillos de indias.

El final de la vida,
lo estamos escribiendo.

Brindisi

Maria Lanese¹
a Any Thomas

¿Tu mano llegó tan lejos
para decirme adiós?

Te había visto sentada
en el lecho de un río
serena

montada en tu imagen de la muerte.

Hablaste en la lengua en que
siempre nos habíamos entendido.

¿Sabías que esperaba
aquel abrazo último
en este muelle sin amarras?

Aquí te despido.

Sabías, antes que nosotros,
que los muertos embarcan
en naves solitarias
y despiertos
navegan los linderos de la sangre
cuando son queridos.

¿Es tan extensa
la mano que consuela?

¿Será por eso
que no me siento triste?

Catanzaro

a Margarita Pacci

Me esperabas

Abuela

Me mirabas
haciéndome saber
que cualquier camino arduo
encontraría en tus ojos
un sendero de muñecas.

Yo cabía en el hueco de tu mano.

Eso extraño
cuando el ansia
es de andar por la calle
de ese modo.

Ahora
tus ojos
son ventanas cerradas
que reposan.

Yo descanso.

No se pierde

lo que siempre se tuvo.

Querido Adolfo

a Adolfo Nigro

Dice Beatriz Vallejos
La muerte descansa / en los colores

y las formas testimonian su razón de ser
suspendidas, ingravidas, continuas
habiendo encontrado en tus manos
el soplo, el impulso, la caricia
el don de existir
multiplicándose.

Te seguirán buscando
los colores
en el aire.

Todo se dispondrá para dejarte hacer
todo dispuesto
a deshacerse
a entreverarse
a sucumbir
ante la indeclinable seducción
de tu sonrisa.

Migrantes

III

Las llaves del reino
no caen del cielo
tampoco suben al cielo
tienden hilos rojos
son intensas redes de sangre y llanto
a merced de la codicia y el ultraje.

La desesperanza tramitando asilo
trajina por un mar
que devora los panes y los peces.

La muerte acompaña
trashumante
en las barcazas silenciosas.

Allí también está la vida
pero es una promesa
amenazada.

¹ María Lanese nació en julio de 1945, en Rivalimosani (Campobasso, Italia), en el seno de una familia de campesinos que emigraron a Argentina en 1949, reside en Rosario, Argentina desde entonces. Es psicoanalista, gestora cultural, cantante, poeta. Miembro de la comisión directiva de Centro Pen de Argentina.

Ha publicado los libros: Sonidos Graves, que incluye collages del artista plástico Adolfo Nigro (Asunto impreso); Mariposas en la lengua (Ciudad Gótica); Ancora; Cartas de cera; III: Cuerdas; Sudarios, los cuatro últimos bilingües español-italiano y No sin antes (Huesos de jibia). Versos templados, bilingüe español italiano (Rio Belbo). Versos profanos (Ediciones Arroyo). La antología personal Andante ha sido traducida al serbio.

Integró la antología Italiani d'altrove (Rayuela Edizioni, Italia) y el dossier de la Revista de la Universidad de Antioquia (Colombia) Exilios cruzados, antología bilingüe de escritores argentinos y catalanes, español-catalán, editada por PEN Cataluña y antologías de poetas argentinos.

Durante la FIL 2021 recibió el Galardón a la excelencia literaria Raúl Aceves, que promueve el PEN Centro Guadalajara. Los cuatro poemas aquí reunidos pertenecen al libro Sudarios.

Cernuda soledad

Jorge Luis González¹

A nuestra hora, la soledad no es árbitro ni consorte.
 La gente, salpicadura triste*, no alcanza en el huerto del amigo,
 para habitar los funerales.
 Dicen que vivir es libre y soberbio.
 Ya sin ánimo, ¿a dónde llevar la pobreza y la amargura?
 amarse en un rincón cuando el alba desvanezca.
 Se resigna el sueño insistente y se aprende a desear buen viaje*.
 Desdichada calidez, grandeza invernal:
 la conciencia cabalga y vuelve a su refugio tras la llama de la pérdida.
 Harta de años tan largos malgastados* pretendiendo senderos de gloria.
 Harta de tinieblas buscando por calles amistades para el cobijo.
 Harta de personas discretas que al salir de casa persiguen los dones del mundo*,
 sombras se deslavan tras la noche y sus dominios.
 Harta de recoger cenizas de esperanza para sumarlas a la última hora.
 El poeta calla.
 Y el hombre envejecido
 recoge la lucidez en la estancia tardía
 hasta
 apagarse
 sudor de una lápida
 pronunciando el verso
 que es
 fantasma**
 mientras la vida suya
 se despeña por el deseo
 la rosa
 y la mirada del mundo*.

* Luis Cernuda

** Octavio Paz

¹ Jorge Luis González, Guadalajara, 1972. Posee con dos maestrías en Ciencias de la Información por la Universidad de Guadalajara y el ITESO. Compilador y editor de Entre tintas... tinto (ocho poemarios). Ex becario del Centro Estatal para la Cultura y las Artes por su libro Entre espejos, cae mi voz (Grafisma, 2020). Este año obtuvo mención honorífica en el X Concurso de Poesía La Literatura del Arte (Tolima, Colombia) y accésit en el X Concurso de Relato de la Unión Nacional de Escritores de España (Melilla, España). Participó en las lecturas literarias: Flavors of Home, PEN San Miguel de Allende; Minificciones Rockabilly, La Tinta del Silencio; Bajo la Sombra del Venado, V Circuito Literario, Luz Vesania; No son tres, La Zonámbula, en el American School Foundation Guadalajara. "Escribo porque en cada nuevo drama imaginario, ya sea que esté contado, escrito o tan solo tejido en la memoria: se bifurca o se suspende, eso que llamamos realidad".



IMAGE: STEPHANY BOERNLEIN

Cernuda solitude

When the appointed time approaches, the solitude won't become as consort nor umpire.

The crowd, bleak spatter*, will have no room at the friend's orchard,
to dwell the burials.

They claim the life is free and superb.

Now sunken, where should bitterness and misery must be directed?

love yourself in a corner when the dawn isn't yet morning.

Resign to the insistent slumber and learn to desire a good journey*.

Wretched warmness, wintry greatness:

the consciousness rides off and returns to its refuge, following the flame of loss.

Sick of wasted long years* pretending paths of glory,

Sick of the darkness searching friends to cure the lack of shelter.

Sick of the quiet people that leave home searching the gifts of the world*,
shadows reveal into the night and its domains.

Sick of gathering hope ashes for the very last hour.

The poet stays in silence.

And the broken old man

collects the clarity in the delayed stay

until

itself downs

sweat of gravestone

pronouncing the verse

turned into

phantom**

while the life itself

is steeped by the desire

the blossom

and the view of the world*.

* Luis Cernuda

** Octavio Paz

Translation done by Stephany Bohlenlein

La mujer invisible

Yarimar Marrero Rodríguez¹

Por el sendero sombrío
Va la mujer invisible
Con la mirada apacible
Y la luna de testigo

Se deshace en un vacío
De obscuridad absoluta
Con reproches y con dudas
Ha marcado su destino

Un recuerdo ya lejano
De su niñez y sus sueños
Le golpea duro en el pecho
Como diciendo ¡haz algo!

Has decidido ser aire
Cuando podrías ser tierra
Para escurrirte entre rejas
Y por miedo a que te vean
Solo porque eres ahora
Madre, esposa y pronto abuela

De todos eres, pero no te quieren
Te necesitan y de ti dependen
Te exprimen todo y te dejan seca

¹ Yarimar Marrero Rodríguez (Guaynabo, Puerto Rico, 1990). Posee un bachillerato en Periodismo de la Universidad de Puerto Rico y una maestría en Sociología de la Universidad de La Habana. Fue galardonada con el premio internacional de ensayo Pensar a Contracorriente en 2015. Además, obtuvo el premio internacional del IV Concurso Caridad Pineda In Memoriam. Varios de sus trabajos han sido premiados en el Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. En el 2017, publicó el libro ecológico infantil El mensaje de Guasá. Recientemente publicó su primera novela, Los secretos de La Torre con Editorial Destellos. Actualmente, se desempeña como escritora e investigadora.

Te comen viva cual las buruquenas

Levanta el rostro, mujer invisible
Ya no hay reflejo, tu alma prescribe
Tu esposo ha cambiado
Tus hijos se alejan
Tu nieta aún no llora
y de ti ¿qué queda?

Metas inconclusas, reglas prohibiciones
Conformismo absurdo y un amor mediocre
Deseo limitado entre cuatro paredes
Pasión inconclusa, el pudor se excede

Te invito a ser otra, mujer invisible
Deja atrás los miedos de esposa sensible
De madre abnegada y de abuela dócil
Sé mujer primero sin que nada importe

Suelta tus cabellos
Viste como quieras
No vuelvas temprano
Si deseas, no vuelvas
Busca tu destino
Y haz como los ríos
Desemboca lejos
Mar desconocido

Rompe tus cadenas
Esas que te amarran
No mires atrás
Corre libre al alba
Solo yo te pido
No entres al nido
Que con tanta paja de amordaza
Haz sonar tus pasos
No andes esperando
Como el día a la noche; la mortaja.

Fragancia con el tiempo

Margaret Sandoval

El ayer desgarró la sombra que formó el suspiro
cuando mis ojos te vieron partir hasta el mar lloró
por mi soledad nunca se cerró el perfume, sólo
cambió de aroma.

El hoy calla para que la noche
no despierte el dolor que roba vida,
déjenla inerte.

El mañana está desesperado
por impregnar su esencia,
para curar los ojos
que secaron ríos.

Margaret Sandoval nació el 17 de octubre de 1963 en
Guadalajara Jalisco. Psicóloga clínica. Ha publicado
cuentos y poemas y cursó el diplomado en SOGEM
Guadalajara.

El tiempo que pasa

Gulnara Molina Román*

¡Ojalá otro tiempo nos envolviera!
Donde no se equivocara el camino
Y ante el sutil intento de crecer
Tus ojos
aún miraran con ternura
el rotundo atardecer de los ojos míos.

¡Ojalá que mis sueños no fueran sueños!
Y tu mano tomara con fuerza mi mano
Y aún en el paso lento de nuestros pies
Tu corazón latiera
como late un encuentro
por primera vez.

Ojalá que un ojalá no envolviera el tiempo.

Demasiadas vueltas del reloj

No escuches al enjambre que asegura
Temblores cargados llevan premura
Emparejo mi edad con tu corazón
Y las ganas de amar son la emoción.

Que importa si el tiempo rezagó
Y en mis cienes la nieve fermentó
Si las sombras confirman el eclipse
Tú premias con la inocencia el declive.

No te fijas en los surcos del vaivén
No desvíes la intención de querer.

Hay cajas que no se abren

Hoy miré tu imagen en la fotografía aquella, recordando, el sueño termina una vez que despiertas. La sostuve en mi mano con incrédula existencia, esa realidad dolió, como herida nueva. Contuve la respiración con consciente entusiasmo del certero conocimiento, no hay vuelta atrás para esta historia. Suspiré con tal intensidad, mis pulmones clamaron el oxígeno vertido al interior después de la larga ausencia. Sentí girar la cabeza, mientras el remolino de memorias organizó el tiempo y acomodó su lugar. Un temblor amenazador llegó, abrazado al delirio escalofría la piel, erizada como nervio expuesto. La quijada apretada no destraba el sentimiento. Entonces, una voz tenue toma fuerza. Sacude la nostalgia. Me obliga a articular movimientos imperceptibles de pausados. Parpadean mis ojos ya irritados. Interrumpe la concentración. Arroja la idea que no se pierde... Ignora la promesa que no tuvo más intento, suelta la foto que desentona corazón y anhelos, y pon la tapa en su lugar, de nuevo.

* Gulnara Molina Román. Mazatlán, Sinaloa. Ingeniera en Sistemas Computacionales por el ITESO. Miembro del Club PEN Guadalajara Internacional. Egresada de la Escuela de Escritores SOGEM Guadalajara. Miembro del Colectivo Serendipias y del Consejo Editorial del mismo. Participó en el Taller de Poesía Calle de Cervantes. Participante en los talleres del maestro Eugenio Partida. Participante en las publicaciones del colectivo: "Serendipias" y "La voz de los pasos". Participante en las antologías de cuentos de alumnos de SOGEM: "Caleidoscopio XIII" y "Caleidoscopio XIV". Participante en la antología del PEN de Puerto Rico Internacional: "Letras desde el encierro".

Calendario Literario

Lizbeth Sánchez

La Creatividad y la Literatura nos permiten seguir Vivos.
Actividades de los miembros de PEN Guadalajara.

2021

Ago	Laura Castro Golarte	-Dictó una conferencia sobre el Libro Noticias del fraile de la calavera. Antonio Alcalde y Barriga en Guadalajara. En el Santuario de Guadalupe. El 6 De Agosto, un día antes del Aniversario Luctuoso de Fray Antonio Alcalde. Invitada por la Sra. Martha Vallejo, presidenta de la Asociación de Amigos de Fray Antonio Alcalde y Barriga.
	Aída López Sosa	-Participó en la Antología 175 relatos de escritoras latinoamericanas, Editorial Elipsis, Colombia. Antologador Alfredo Madrid.
	Silvia Quezada	-Presentó el Libro ¿Qué pasa aquí? de Óscar Trejo, Seminario de Cultura Mexicana Guadalajara.
Sep	Aída López Sosa	"-Fue Ponente en el VI Encuentro Cultural y Literario organizado por la Feria Internacional de Lectura de Yucatán (FILEY), la Universidad de Santa Bárbara, California y UC Mexicanistas. Mérida. -Participó en la Antología de Minificción Plesiosaurio Volumen XIII. Perú. -Participó en la Antología Yucatán: Homenaje a la literatura contemporánea, Editorial Ave Azul, Texcoco. Antologadora Josefina Salinas."
	Laura Hernández	"-Presentó la Novela La visitante de los espejos. Feria del Libro de Madrid, España. -Presentó la lectura de Adviento, poesía mística. Alcaldía de Badajoz, España. -Presentó la Novela La visitante de los espejos. Alcaldía de Trujillo, España."
	Silvia Quezada	-Presentó el Libro Los hijos de la marimba de Sonia Ehlers, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno.
Oct	Laura Hernández	-Participó con la conferencia El feminismo en la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Congreso de Hispanistas. El Cairo, Egipto.
	Aída López Sosa	"-Impartió Conferencia en Ponencias Magistrales. Instituto Cultura Iberoamericano. -Ganó el Fondo de Ediciones del Ayuntamiento de Mérida con el libro La vuelta al arte en 20 retratos excéntricos. -Fue Contralora Social en el evento Otoño Cultural. Mérida."

Periplos literarios

	Silvia Quezada	<p>"-Presentó el libro Puente grande y las avestruces de Efraín Franco, Seminario de Cultura Mexicana Guadalajara.</p> <p>-Impartió la Conferencia Los escritores en Jalisco, Coloquio Internacional de Temas Jaliscienses, Lagos de Moreno, Jalisco.</p> <p>-Presentó el Libro Un asunto personal de Martha Vidrio, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno.</p> <p>- Impartió la Conferencia Canto a Guadalajara, de Rebeca Uribe, Presidencia Municipal de Guadalajara.</p> <p>-Presentó el libro Despedida a una musa y otras despedidas de Aída López Sosa, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno."</p>
Nov	Jorge Luis González	<p>"-Publicó el Libro Entre Tintas... tinto VIII, antología sobre gatos. Editorial Voces Tintas. Prólogo de Iliana Hernández Arce.</p> <p>Participó en la lectura del Libro de Minificciones Rockabilly. Editorial la Tinta del Silencio. Ciudad de México."</p>
	Aída López Sosa	<p>"-Fue Ponente en el XXIV Congreso Internacional de Literatura Mexicana. Universidad de California y la Universidad del Claustro de Sor Juana. Ciudad de México.</p> <p>-Fue Ponente en el ciclo Presencia de Yucatán en las letras. Secretaría de la Cultura y las Artes (SEDECULTA) y el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBAL). Mérida.</p> <p>-Participó en la antología Di lo que quieras decir. Antologado por Soluciones Lingüísticas Integradas. Puerto Rico."</p>
	Silvia Quezada	<p>"-Presentó el Libro Polvo de oro de Rosalba Morán, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno.</p> <p>-Presentó el libro Grito y no me escuchas de Emmanuel González, Presidencia Municipal de Guadalajara.</p> <p>-Presentó el libro Todas las guerras del mundo de Pita Raygoza, Presidencia Municipal de Guadalajara.</p> <p>-Presentó la revista Alasletras, Feria del Libro Antiguo y Usado, Presidencia Municipal de Guadalajara."</p>
Dic	Jorge Luis González	<p>"-Obtuvo Accésit en el X Concurso de Relato Corto de la Unión Nacional de Escritores de España. Melilla.</p> <p>-Coordinó el Libro Nunca sabrán que nos hemos ido de Editorial Cisnegro. Ciudad de México.</p> <p>-Participó en el V Circuito Literario Bajo la Sombra del Venado de Editorial Luz Vesania.</p> <p>-Participó en la lectura del libro No son tres de Editorial La Zonám-bula, en el American School Foundation Guadalajara."</p>

	Aída López Sosa	<p>"-Presentó el libro Toda felicidad nos cuesta muertos. Autor Carlos Martín Briceño. Avanzadas Literarias al 2022. Festival Mundial de Poesía Contemporánea. Chiapas.</p> <p>-Participó en la antología Minificciones en Invierno. Antologado por la Asociación Literaria y Cultural de Yucatán (ALICY). Mérida.</p> <p>-Participó en la Antología Poética Mexicana: La Palabra Provocada. Instituto Cultural Iberoamericano. España.</p> <p>-Participó en la antología Entre tintas... tinto VIII. Colectivo Voces Tintas y SOGEM. Antologador Jorge Luis González. Guadalajara</p> <p>-Fue expositora en Tertulias Literarias: voz y pluma. Biblioteca Pública de Heredia. Costa Rica."</p>
	Silvia Quezada	<p>"-Impartió el Taller de Cuento Contemporáneo de Café El Papiro. Sayula, Jalisco.</p> <p>-Cubrebocas fonético, Malecón de Chapala.</p> <p>-Presentó el libro Gris de Lluvia de Silvia Quezada, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno.</p> <p>-Presentó el libro Memorias de la sierra del tigre de Andrés Casa del Arte, Ciudad Guzmán."</p>

2022

Ene	Laura Castro Golarte	<p>"-Participó en la mesa de análisis Súper Mesa de Ramón Guardado, Canal 58 Radio, sobre un balance del año 2021.</p> <p>-Entrevistada por Mario Ávila para el Semanario Conciencia Pública sobre los retos de 2022."</p>
	Ruth Levy	-Participó en el Aniversario luctuoso de Guadalupe Dueñas, Centro Documental Carmen Balcells
	Aída López Sosa	<p>"-Presentó el libro Despedida a una musa y otras despedidas. Centro Cultural Olimpo. Mérida.</p> <p>-Participó en el Encuentro Nacional de Cuentistas (ENAC). Mérida Fest."</p>
	Silvia Quezada	<p>"-Presentó el libro La galería de mis muertos de Anayansi Ehlers, Club de Lectura 2.0/ Letra Uno.</p> <p>-Participó en el Aniversario luctuoso de Guadalupe Dueñas, Centro Documental Carmen Balcells."</p>
Febrero	Jorge Luis González	-Presentó el Libro Entre Tintas... tinto VIII, antología sobre gatos. Patán Ale House, Guadalajara.
Marzo	Laura Hernández	-Participará en el Foro literario. Escritoras en Guadalajara en primera persona. Centro de enseñanza para extranjeros CEPE Ciudad de México.

